



El Correo

Una ventana abierta sobre el mundo

Abril 1969 (año XXII) - España : 18 pesetas - México : 3.00 pesos

NO

juventud
1969

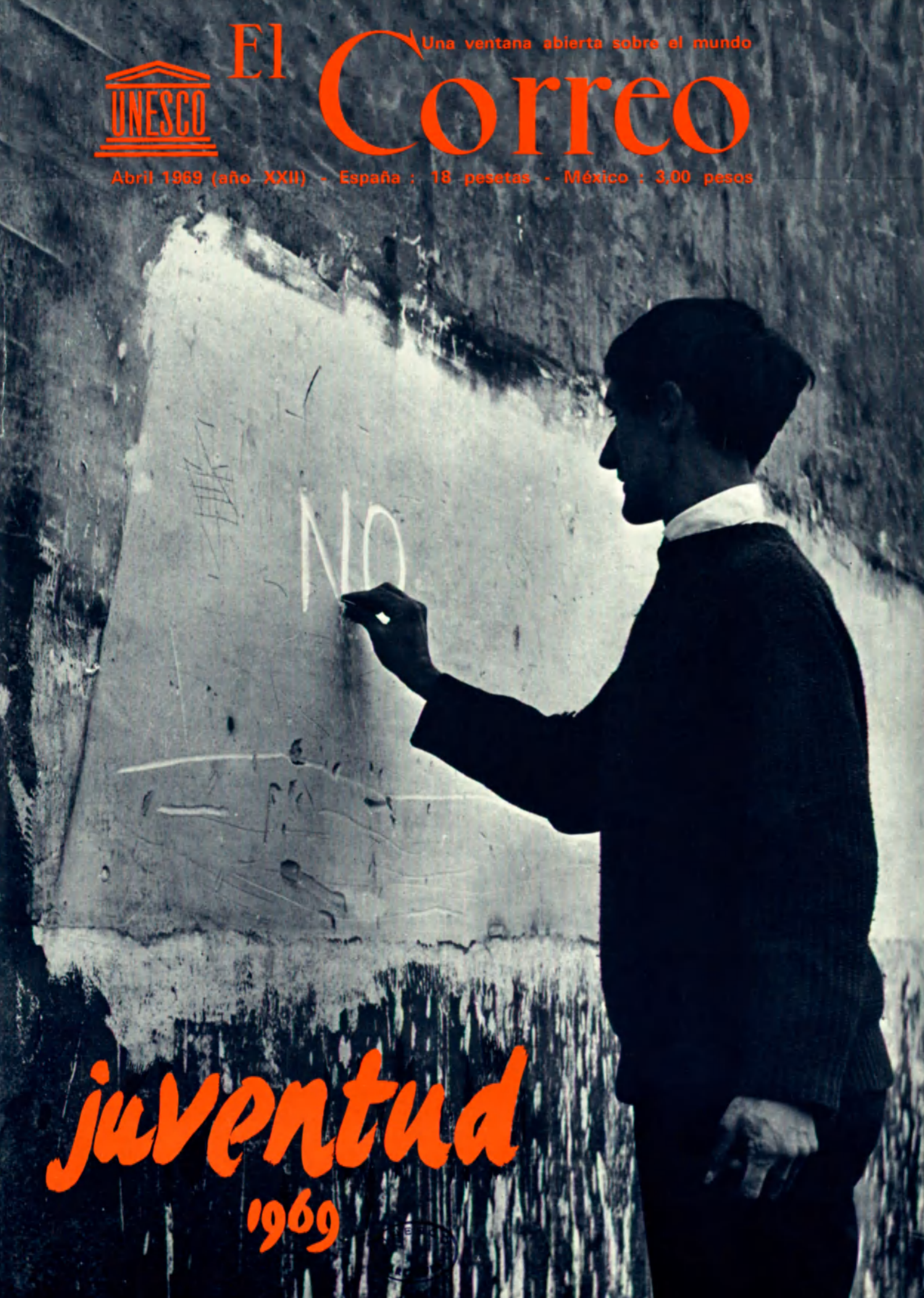




Foto © Hassia, París.

La caza fantástica

TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

33

Hubo una vez un príncipe persa y arquero incomparable — Barham Gur — que salió de caza llevando a la grupa de su caballo a su bien amada Aziyadéh, maestra en arrancar dulces acentos a su lira... La caza fantástica es motivo de un poema de amor y heroísmo cantado por el poeta persa Ferdusi que, en el siglo X, dedicó 60.000 dísticos en el «Libro de los reyes» a trazar la epopeya legendaria y artística del viejo imperio del Irán. Una baldosa policroma del siglo XIII — delicada obra maestra de cerámica — evoca también la partida del príncipe cazador y de su esposa. La pieza se encuentra actualmente en el Museo de Arte Islámico del Cairo, capital que este año celebra su milenario, ya que fue fundada, el año 969 de nuestra era, por la dinastía de los fatimíes, descendientes de la única hija de Mahoma.

1 ABRIL 1969

ABRIL 1969
AÑO XXII

**PUBLICADO
EN 12 EDICIONES**

Española	Norteamericana
Inglesa	Japonesa
Francesa	Italiana
Rusa	Hindi
Alemana	Tamul
Arabe	Hebrea

Publicación mensual de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7°

Tarifa de suscripción anual : 12 francos.
Bianual : 22 francos.
Número suelto : 1,20 franco ; España : 18 pesetas ; México : 3 pesos.

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, estas serán facilitadas por la Redacción toda vez que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.

★

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7°

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción
Lucio Attinelli

Redactores Principales
Español: Arturo Despouey
Francés: Jane Albert Hesse
Inglés: Ronald Fenton
Ruso: Georgi Stetsenko
Alemán: Hans Rieben (Berna)
Arabe: Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés: Takao Uchida (Tokio)
Italiano: Maria Remiddi (Roma)
Hindi: Annapuzha Chandrahasan (Delhi)
Tamul: T.P. Meenakshi Sundaran (Madrás)
Hebreo: Alexander Peli (Jerusalén)

Ilustración y documentación: Olga Rödel

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

Páginas

- | | |
|----|---|
| 4 | LA JUVENTUD EN EL MUNDO
Un estudio de la Unesco |
| 10 | (I) A LA GREÑA CON LA SOCIEDAD
(II) DEL DESAFIO AL DIALOGO |
| 15 | JUVENTUD IRACUNDA |
| 21 | (II) ¿PIENSAN MENOS POR CRECER MAS PRONTO? |
| 24 | (III) LA SOCIEDAD DE CONSUMO Y EL ANALISIS DE MARCUSE |
| 25 | (IV) EL LEVANTAMIENTO ESTUDIANTIL
<i>por Marcel Hicter</i> |
| 28 | LA GENERACION DEL RECHAZO Y EL ENTUSIASMO
<i>por Alexandre Gorbovsky</i> |
| 30 | UNA JUVENTUD TRIDIMENSIONAL
Países en vías de desarrollo
Países socialistas
Países occidentales
<i>por Ehsan Naraghi</i> |
| 2 | TESOROS DEL ARTE MUNDIAL
La caza fantástica (Irán) |



Nuestra portada

La foto que presentamos simboliza el rechazo que en muchos jóvenes de nuestros días despiertan las contradicciones de la sociedad moderna.

Foto © Jean Suquet, Paris

3

N° 4 - 1969 M.C. 69.1-244 E



A la greña con la sociedad

Cada día la juventud se distingue y hasta se separa más y más de los adultos... Su revuelta es casi general en el mundo, y en muchos países ha cobrado forma de una verdadera controversia no sólo sobre la Universidad, sino también sobre la sociedad en general.

La necesidad de absoluto que tienen los jóvenes contemporiza menos que nunca con las injusticias y los desórdenes del mundo.

RENÉ MAHEU

Director General de la Unesco



El aumento de la población del mundo representa la irrupción en escena de una enorme promoción de jóvenes. Se calcula que el número de éstos (gente de 15 a 24 años de edad) pasará en 40 años, o sea entre 1960 y el año 2.000, de 519 millones a 1.128 millones. Más de las tres cuartas partes de esos jóvenes viven en los países en vías de desarrollo: 59 millones en Africa, 322 millones en Asia y 44 millones en América Latina.

Aunque esta evolución demográfica haya sido prevista desde hace tiempo, no se han tomado siempre las medidas que eran de desear para hacerle frente y preparar en debida forma una acogida lógica a toda esa juventud. Esta imprevisión explica todas las contradicciones, tensiones y conmociones resultantes de la irrupción de tanto joven en la sociedad en que vivimos y de su voluntad de intervenir en ella de una manera cada vez más activa, aspiración que, siempre que

4 **L**A sociedad busca respuesta y —en primer lugar— explicación a los súbitos arrebatos y desenfrenos de la juventud que polemiza en el mundo desde hace unos años. Aunque el malestar sea universal, la complejidad de los problemas, la multiplicidad de las categorías de jóvenes y la diversidad de las condiciones socio-económicas y culturales hacen que toda generalización al respecto resulte difícil, cuando no imposible. La Unesco ha emprendido, en escala internacional, un estudio comparativo y en profundidad sobre los problemas de la juventud, trabajo actualmente en curso en colaboración con las Naciones Unidas y sus organizaciones especializadas, así como con varios institutos de estudios de este tipo. Se trata de recoger en el mundo la mayor cantidad de datos posibles, especialmente sobre la actitud de los jóvenes frente a la sociedad, sobre sus aspiraciones y la idea que se hacen del porvenir. Sin esperar los resultados de tan vasta encuesta, El Correo de la Unesco ha decidido dedicar este número al malestar de la juventud en diversas partes del mundo. Naturalmente, en las pocas páginas de que disponemos no es posible presentar sino unos pocos elementos del expediente, pero ya volveremos a él en futuros números de la revista. Los dos primeros artículos que siguen (páginas 4 a 14) están tomados de un estudio preliminar de la Unesco titulado «Por y con la juventud» que aparecerá próximamente en forma de folleto.



Foto © Gamma - Gilles Caron, París

entra en conflicto con las estructuras existentes, alimenta, como revancha, una tendencia a la angustia, a la evasión y al escepticismo entre los que salen a la palestra de la vida.

Pero el «shock» a que se ha expuesto la sociedad por la imprevisión con que ha actuado en este caso tiene también como efecto positivo el de acelerar y hacer más punzante su conciencia de los problemas de la juventud, así como de suscitar un amplio esfuerzo por resolverlos.

Una simple «etapa de la existencia». Hay una tendencia frecuente a definir la juventud, en términos cronológicos, como una «etapa de la existencia». Los programas concebidos para ella toman en cuenta generalmente el grupo cuya edad oscila entre los 15 y los 25 años. Aunque indudablemente útil cuando se trata de tomar medidas de orden práctico, esta clasificación no puede bastar para englobar en un

común denominador los problemas de las múltiples categorías de individuos comprendidas entre ambas edades, aun cuando se trate de grupos de un mismo país.

Con mucha mayor razón sería difícil hacer de esa definición cronológica una norma universal cuando, según los países y los continentes, la edad de acceso a la mayoría civil, a las responsabilidades sociales y al ejercicio de la actividad sexual difiere grandemente bajo el efecto de leyes, instituciones y costumbres muy diversas.

Se ha intentado igualmente definir la juventud en función de su situación «educativa, social y familiar», o sea, de considerar como joven al individuo que frecuenta la escuela, no ha entrado en la vida activa y no ha constituido su propio hogar, y como adulto a aquel que ya no estudia, y que en cambio trabaja y ha creado una célula

familiar. Aquí también nos encontramos con que las diferencias existentes entre los diversos tipos de sociedades, así como la transformación gradual de las características del mundo de los jóvenes y del mundo de los adultos hacen casi impracticable la aplicación de ese concepto. Uno podría, y no sin razón, sentirse tentado a definir la juventud como un «estado de ánimo», incluyendo en sus filas, por ejemplo, a todos aquellos que se distinguen por una «calidad determinada de la imaginación, el predominio del valor sobre la timidez y del gusto de la aventura sobre el de la comodidad sedentaria», pero tampoco este criterio podría responder más que los otros a la multiplicidad de las situaciones en que pueden encontrarse los individuos y los grupos sociales («jóvenes» o «adultos» según las normas habituales) que se pretende identificar en esta forma.

En realidad, la situación social, eco-

SIGUE A LA VUELTA

¿Hay una ventaja en prolongar la "edad feliz"?

nómica y psicológica de los jóvenes es tan diversa que formular una definición general y completa del concepto de juventud resulta harto difícil. Los especialistas que tengan que ver con problemas sociales y humanos de este tipo harán bien en limitarse a los enunciados cautos, amplios y llenos de matices; por esta razón se contentan a veces con formular una definición pragmática, como la que dice que son jóvenes aquellos que la sociedad considera como tales.

Hay juventudes y juventudes. Por hablarse tanto como se habla de la «juventud», prepararse tantos programas «sobre la juventud» y hacerse tantos planes «en favor de la juventud», importa mucho distinguir más claramente las categorías de que se compone una entidad socio-psicológica como ella, cada día más diferenciada y compleja. Dichas categorías, cuyo número se podría multiplicar y mezclar como las cartas de una baraja, serán utilizadas aquí en función de los problemas que abarcan, no como realidades objetivas con límites precisos.

Entre las varias categorías de jóvenes pueden considerarse como esenciales, en términos sociológicos, la de los que viven en el campo, la juventud de las ciudades, la no escolarizada, los escolares, los jóvenes obreros y los estudiantes, clasificación por lo demás sumaria en la que no se tiene en cuenta ni las múltiples diferencias existentes entre los países y dentro de cada grupo, ni las aspiraciones, exigencias y actitudes de la juventud, ni las medidas que éstas exigen y que varían según los casos.

■ La juventud del campo, que constituye todavía, en escala mundial, la categoría más numerosa, se encuentra en situación ambigua porque, pese a la importancia de su papel en el seno de las economías de tipo rural, las estructuras tradicionales y los efectos de un paro parcial o latente le impiden intervenir como grupo social coherente en el proceso de desarrollo económico de su país.

■ La juventud urbana —y especialmente la juventud pobre de las ciudades, cuyas filas viene a aumentar constantemente el éxodo rural— sufre del paro o del empleo esporádico. No integrados en un contexto socio-cultural que sigue siéndoles ajeno, reducidos a vivir de expedientes discutibles, al margen de la sociedad y en los confines de la delincuencia, buen número de los elementos que la componen se sienten frecuentemente presa del descontento o de un malestar espiritual profundo.

■ La juventud no escolarizada constituye una categoría numéricamente

muy importante; en 1962 se calculaba en 146 millones, en el mundo, el número de analfabetos de 15 a 24 años de edad. En consecuencia, la proporción de analfabetismo en África es de 46% para los niños de 10 a 14 años, de 51% para los adolescentes de 15 a 19 años y de 64% para los jóvenes de 20 a 24 años. En Asia hay alrededor de 50 millones de analfabetos de entre 10 y 14 años, 42 millones de entre 15 y 19 años y 44 millones de entre 20 y 24 años. El verse privados de instrucción y desposeídos desde el punto de vista social, cívico y económico impide que entre ellos haya la eclosión normal de personalidades ricas y diversificadas; además, esos jóvenes que, en otras condiciones, podrían constituir un potencial, un depósito de fuerzas que utilizar para servir la causa del desarrollo económico, están condenados, por el contrario, a constituir un freno para éste.

■ La juventud obrera, cuyos efectivos aumentan sin cesar, tiene capas importantes cuyos componentes sufren de un sentimiento de inseguridad en presencia de las transformaciones aportadas al trabajo industrial por el progreso de la técnica y cuenta entre sus preocupaciones esenciales las de la orientación, la formación, la movilidad en el empleo y las garantías contra el paro.

■ Los escolares —categoría muy numerosa, cuyos efectivos han doblado casi en un período de 15 años, pasando de 222 millones en 1950-51 a 413 millones en 1965-66— tienen en nuestros días posibilidades de desarrollo intelectual más precoz que el de sus predecesores, y fuera de ello están en condiciones de asimilarse más fácilmente a las corrientes sociales y cívicas que animan el ambiente que los circunda. En tales condiciones no puede asombrar a nadie verlos asociarse a los estudiantes y hasta, en ciertos países en vías de desarrollo, desempeñar un papel comparable al de aquéllos.

■ Los estudiantes, por su parte, constituyen una categoría sometida a una rápida expansión, y la más avanzada de todas en muchos sentidos. De 1960 a 1965, el número de estudiantes del mundo ha pasado de 11.74.000 a 16.015.000, o sea que ha aumentado en un 61%. Bajo el doble aspecto cuantitativo y cualitativo, la juventud universitaria, sea cual sea el sitio donde se la encuentre, ejerce una influencia y tiene un peso considerable, que en las circunstancias actuales cobran un relieve particular.

En los países industrializados, el número de elementos salidos de determinadas capas populares que tienen acceso a la universidad empieza a aumentar, y también lo hace el de

estudiantes de las capas medias de la sociedad: lo mismo ocurre en los países en vías de desarrollo, donde la descolonización y el movimiento de promoción social tienen por efecto el de acrecentar los efectivos de la población estudiantil.

Considerada en conjunto, la vasta masa humana constituida por la juventud reviste poco a poco las características de un grupo social determinado aunque multiforme, dotado de un dinamismo propio y cuyo efecto se ejerce en distintas formas sobre el proceso de transformación de las sociedades.

Un lugar nuevo en un mundo nuevo.

— Fuera de los elementos cuantitativos enumerados más arriba, son muchas las transformaciones sociales que afectan la vida, el papel y la situación de los jóvenes. En primer lugar, las transformaciones que se han producido en la estructura de la familia; cada vez se produce más tempranamente la separación de los hijos del resto de aquélla, y la necesidad de sentirse independiente con respecto a los padres es un fenómeno que se observa comúnmente entre los jóvenes de todas las sociedades.

Lo mismo reza para las estructuras de las comunidades tradicionales, que se vienen resquebrajando por adaptarse mal éstas al proceso de desarrollo técnico y económico. Se impone la necesidad de emancipar a los jóvenes, espontáneamente abiertos a las innovaciones, de la tutela de los mayores, y de darles los medios de ejercer actividades autónomas.

Aislados en el seno de la sociedad.

— Por otra parte, la evolución de instituciones, costumbres y condiciones económicas hace que gran parte de los jóvenes de las generaciones actuales entre más tardíamente en la vida activa que lo que lo hicieron sus mayores. Es posible que esto constituya un progreso, pero tan prolongada espera tiende a aislar a los jóvenes en el seno de la sociedad a que pertenecen, manteniéndolos en una situación en la que, por el hecho mismo de estar exentos de los deberes esenciales a la vida del adulto, ven que se les niegan en gran parte los derechos y responsabilidades que siempre van unidos a esos deberes.

Pero nada, sin duda, actúa más profundamente sobre los jóvenes que los efectos del desarrollo científico y técnico, de la urbanización y de la modernización tanto de las condiciones de vida como de los medios de comunicación, desequilibrios que introducen en su vida factores de desorganización al mismo tiempo que les dan la oportunidad de afirmarse como per-



Foto Unesco - Dominique Roger

Un poco en todas partes del mundo la juventud —sea rural, obrera o universitaria— se manifiesta en contra de las situaciones que no la satisfacen. En las fotos, dos manifestaciones de estudiantes: la de arriba en Lima y la de abajo en Tokio.



Foto © H.W. Silvester - Rapho

Servirse de los jóvenes en vez de servirlos

sonas. El mundo moderno reserva a los jóvenes un sitio de nuevas dimensiones si se toma en consideración tanto la fuerza numérica de la juventud como el papel específico que ésta es capaz de desempeñar en las transformaciones que exige el proceso del desarrollo económico y social.

Los conflictos. — Pero el conflicto más fundamental que engendra el advenimiento de la juventud al rango de colectividad constituida y diferenciada depende, al parecer, de la voluntad de los jóvenes de conquistar dentro de la sociedad la situación y la consideración a la que creen tener derecho, voluntad que se observa en las universidades y en las escuelas, en la fábrica y en la aldea, como también en las instituciones concebidas por los jóvenes pero dirigidas generalmente por los adultos y en donde el conflicto se manifiesta inevitablemente.

Tal voluntad choca frecuentemente con la tendencia que el mundo adulto tiene de considerar que la juventud está «a la espera» y a las puertas de la sociedad, y que antes de franquearlas no puede pretender gozar de los muchos derechos que le son directa u oblicuamente negados sin que ello impida a la misma sociedad exigir a la juventud una contribución de orden cívico cuando ésta se hace necesaria.

Una cultura internacional «joven». — Otro conflicto, éste de orden intelectual y moral, tiende a separar más cada día a los jóvenes de los adultos. La juventud, a la que los medios modernos de comunicación ponen en condiciones de conocer las diferentes culturas sin pararse a pensar en fronteras, parece haber constituido, en escala mundial, una especie de cultura internacional, específicamente «joven», que se opone a la cultura adulta, todavía encerrada dentro de esquemas tradicionales. De ahí la antinomia de opiniones, de maneras, de conducta y principios éticos que toca a los fundamentos mismos de la sociedad moderna y plantea problemas cuya gravedad sienten agudamente las dos partes y que quizás sean los más difíciles de resolver en las circunstancias actuales.

En este plano es interesante observar que la cuestión de la política de solidaridad internacional es uno de los puntos donde las divergencias se acentúan de una manera cada vez más marcada. Son muchos los jóvenes a quienes asombra el hecho de que el progreso técnico, cuya amplitud no tiene precedentes, no marche a la par del establecimiento de la paz y la justicia sobre la Tierra y que por otra parte contribuya tan poco al posible bienestar de los dos tercios de la población del mundo que viven en países de economía subdesarrollada. Va afirmán-

dose una solidaridad internacional de los jóvenes, y se multiplican las manifestaciones y las tomas de posición de éstos contra las guerras, contra la injusticia, cualquiera sea el lugar en que se ejerza.

Convendría, en este sentido, determinar la fuerza relativa de esta solidaridad internacional de los jóvenes, por una parte, y por la otra de ciertas manifestaciones de nacionalismo a las que los jóvenes no son más ajenos que sus mayores. Tal es el hecho nuevo que confiere una nueva dimensión al problema permanente constituido por el conflicto de las generaciones.

Barreras y manipulaciones arbitrarias. Aunque no se pueda poner en duda, por lo que respecta a éste, la función eminentemente positiva de la enseñanza, son varios los pedagogos que han expresado dudas sobre el valor de determinadas prácticas educativas. Desde su más tierna infancia, la preocupación por preparar al niño para que se integre a la sociedad lleva a los padres a emplear con él determinados modos de inculcarle las reglas del orden adulto. Luego viene la escuela, en la que se lo somete a otros métodos de formación, concebidos a veces para impedirle que «perjudique» a la sociedad mientras no esté perfectamente integrado a ésta.

Aun en aquellos casos en que los adultos dan pruebas de comprensión frente a sus hijos, más de una vez se niegan a reconocer que éstos y sus compañeros puedan tener una existencia colectiva entre ellos y para ellos mismos y, en lugar de facilitar la creación de una sociedad joven, se oponen a ella por medios diversos: disciplina, castigos, competición, llamados al amor propio, con los que en unión de otros varios, se trata de obligar al adolescente o al joven a conformarse a la sociedad adulta.

En los «clubs» y otras organizaciones creadas para los jóvenes uno vuelve a encontrar prácticas similares a éstas, tendientes todas a imponerles la cultura adulta; también en el regimiento, donde la disciplina tiene por objeto la «formación del carácter», y en los movimientos de juventud, donde el llamado que se hace a la generosidad y al patriotismo de los jóvenes está dictado a veces por la necesidad de servirse de la juventud en vez de servirla.

La sensación de sentirse «manejados» y la actitud de rechazo que oponen a ello aparece frecuentemente entre los jóvenes como una reacción contra la autoridad, el dominio o la influencia que tratan de ejercer sobre ellos, fuera de sus padres y maestros,

las instituciones sociales y culturales, las formaciones políticas y el comercio. Es una sospecha no justificada en muchos sentidos, pero una reacción muy comprensible, de todos modos, en situaciones de decadencia o de corrupción social y política o frente a la inercia y la esclerosis de los sistemas de enseñanza.

Los jóvenes pueden también oponer una reacción análoga a la tendencia de que a veces dan muestras las «autoridades» y las gentes «colocadas» a refrenar y menospreciar todo aquello que, en los sistemas de valores propios de los adolescentes, se opone a la tendencia contemporánea a la centralización, a la organización y a una racionalización cada vez más acentuada: cosas como su espontaneidad, sus actitudes de irresponsabilidad deliberada, su idealismo, su negativa a dejarse encasillar, su desconfianza de toda solución racional que se aplique a un problema humano.

Hay jóvenes que llegan hasta a considerar como «manipulación» los esfuerzos que se hacen por «cultivarlos» antes de tener la edad deseable para resistir eficazmente los prestigios y señuelos de una cultura ya cuajada y hecha o para llevarlos, a cambio de formas que califican de ilusorias, al terreno del «diálogo» o de la «participación».

Las manipulaciones o manejos arbitrarios de los jóvenes se ven reemplazados a veces por la utilización del mito de la juventud con fines políticos o comerciales. Es el caso de determinadas grandes organizaciones productoras que, en cuanto descubrieron la importancia económica de un «mercado joven» se dedicaron sistemáticamente a la producción en masa de mercaderías —revistas, ropas especiales, discos, aparatos de grabación— concebidas, como ciertos espectáculos, especialmente para los jóvenes, pero poniendo en juego métodos que no facilitan la emancipación de éstos.

Las formas de la protesta. En cuanto a la controversia planteada por la juventud y a las reivindicaciones que ésta formula, hay que tomarlas en cuenta sin dejar ninguna de lado, sean violentas o pacíficas, justificadas a primera vista o en apariencia poco válidas, abiertas o más o menos disimuladas.

Si se trata de la juventud de los países en vías de desarrollo, por ejemplo, que busca un camino entre el tradicionalismo ancestral y la civilización moderna, la migración a las ciudades es cosa impuesta por las transformaciones económicas de la

hora, pero ¿no cabe también ver en ella una forma de protesta por parte de esa juventud que renuncia a hacer fructificar la tierra de sus antepasados?

En gran número de países se han producido, sea luego de la segunda guerra mundial o bien durante el proceso de descolonización, una serie de transformaciones socio-económicas radicales y profundas, de tipo socialista o de otro carácter. Pero muchas esperanzas de progreso económico, social, cultural y, sobre todo, de transformación de las estructuras se han estrellado contra dificultades materiales o han padecido de lentitud en la ejecución de los correspondientes proyectos.

La discusión entablada por los jóvenes, la controversia que plantean, es así, con frecuencia, reflejo de esta situación y más particularmente de la tensión existente entre los que han combatido por la independencia y los que no han tomado parte en esa lucha. Por medio de dicha discusión abierta lo que se trata de hacer es acercar los «hechos» a las «promesas», las realizaciones a los ideales, al mismo tiempo que sacudir la inercia y denunciar la lentitud y las costumbres burocráticas de los adultos.

En muchos países los jóvenes, en rebelión más o menos declarada, han manifestado su reprobación de toda segregación racial y discriminación lingüística; han protestado también contra el paternalismo de que son objeto y las condiciones de vida que se les impone; se han levantado contra el conformismo social y han denunciado los mitos de «la producción por la producción» y «el consumo por el consumo».

Formas de evasión y de rechazo.

— Las formas de protesta o controversia manifestadas en el curso de los últimos años dentro de las sociedades industrializadas, donde han florecido rápidamente —ganando luego poco a poco las grandes ciudades de los países en vías de desarrollo— son particularmente espectaculares. Las canciones de camaradería o las canciones contra la guerra, los cabellos largos o la forma extraña de vestirse de los chicos, la libertad sexual o la toxicomanía, los *blousons noirs*, los *teddy-boys*, los *vitelloni*, los *halbstarcken*, los *hooligans*, los *yakusan*, los *stiliagi*, los *anderumpteur*, los *beatniks*, los *hippies*, los *provos* y otros grupos designados con tanto y tan pintoresco neologismo: todo eso ¿no es por sí acaso comportamiento de evasión, de aislamiento, de alienación en una parte de la juventud? Por diferentes que puedan resultar en la forma, todos esos fenómenos tienen algo de común: todos son prueba de que parte

SIGUE A LA VUELTA



Foto Unesco - A. Tessore

Abajo, un estudiante de San Francisco explica ante sus profesores las reclamaciones de su grupo. Más abajo, jóvenes parisienses tratan de convencer a un peatón de la necesidad de la protesta activa. Arriba, estatuzado en su respetabilidad y su comodidad intelectual, «Monsieur Jacques», encarnación del adulto convencional (obra del escultor L. O. Wenckenbach) parece soñar, en una calle de Rotterdam, en los tiempos en que los «provos» no habían nacido aún.



Foto © Look Magazine



Foto © Claude Raymond (llamado Yvon) - Snaek International

de la juventud rechaza las normas de la sociedad actual.

Desde hace unos quince años la atención del gran público se ha visto solicitada por el problema de la delincuencia juvenil, que se atribuye a múltiples causas (crisis del alojamiento, falta de empleos, paro obrero, educación no adaptada a las realidades actuales, influencia del cine y de cierta prensa, etc.) aunque negándose con frecuencia a ver en ella un fenómeno colectivo, resultante de la crisis de inadaptación y de la inquietud de que sufre la juventud, así como de la violencia que se siente tentada a ejercer abiertamente contra la sociedad.

El movimiento de revuelta de los estudiantes no es sino su más reciente forma de poner en tela de juicio la sociedad en que viven. Los modos de expresión de esa revuelta y los temas de la misma pueden ser diferentes en un país muy industrializado o en un país en vías de desarrollo, y muy diferentes en función de la estructura socio-económica de cada país en particular; pero su extensión y su multiplicidad han mostrado la extrema inquietud que domina a la juventud estudiantil en todas partes del mundo. En el curso del año escolar 1967-68 se han producido revueltas, protestas y manifestaciones estudiantiles (de carácter y amplitud muy diferentes por cierto) en docenas de países repartidos por el mundo entero.

Abajo las barreras artificiales.

— Junto a las reivindicaciones de carácter socio-político o de carácter general, muchos grupos de estudiantes han manifestado su deseo de reformar la enseñanza universitaria y de reestructurar la universidad. Esos estudiantes exigen tomar parte en las decisiones sobre la formación que han de recibir; piden que desaparezcan las barreras artificiales entre la función de estudiante y la de profesor (debiendo todos tomar parte activa en el proceso de la educación y ser cada uno educador y educando al mismo tiempo), e insisten, por último, en que el contenido de la enseñanza universitaria se modifique, a fin de que la enseñanza tome más en consideración las verdaderas preocupaciones de la juventud en todos los terrenos; cultural, personal, social, político y profesional.

Partiendo de la crítica de la universidad, esos jóvenes llegan en muchos casos a la noción de «universidad crítica». También reclaman transformaciones en el estilo de vida de la universidad. Se trate de estudiantes, de escolares, de jóvenes obreros o jóvenes agricultores, una parte cada vez mayor de la juventud, por consiguiente, siente una desazón inequívoca, que los hace desear «relaciones humanas más francas, más libres, más fraternales que las que les ofrecemos» y temer que «el orden nacional e internacional en el que se los empuja a entrar comporte graves injusticias de las que no quieren hacerse cómplices».

Del desafío al diálogo

Para afirmar que toman sus distancias frente a los valores tradicionales de la sociedad establecida, los jóvenes hacen gala muchas veces de una descarada irreverencia para con los personajes históricos. Aquí véese una manifestación de jóvenes norteamericanos en Chicago en torno a la estatua ecuestre del General Ulysses S. Grant, que consolidó la victoria de los federales en la guerra de secesión y fue Presidente de los Estados Unidos de América de 1868 a 1875.

Foto © Charles Harbutt - Magnum

Cierto número de jóvenes de nuestra época quedan resueltamente al margen de la actividad social, por la que parecen interesarse muy poco; de todas maneras, la inmensa mayoría de ellos aspira a tener una conciencia más clara de los problemas de la sociedad y a contribuir a la solución de estos problemas con sus propias ideas y su propia visión del mundo. Precocemente manifiestan así esos jóvenes una tendencia a la emancipación, concebida por ellos no como un verdadero acceso al estado de adultos sino como un medio de convertirse, en cuanto a derechos y libertades, en iguales de los adultos, aunque sin dejar por ello de ser jóvenes.

La Conferencia Internacional sobre la Juventud, organizada por la Unesco en Grenoble en agosto de 1964, había destacado ya esta tendencia, según la cual habría que integrar a los jóvenes en la sociedad y considerarlos como jóvenes adultos, no como niños que están creciendo. La juventud debe, en efecto, aceptar una serie de responsabilidades; esta es una transición que hay que facilitarle.

Cada vez se reconoce más ampliamente la necesidad de que los jóvenes tomen parte en la vida pública. Hay casos en que esta participación

se realiza más o menos efectivamente —según las instituciones y los niveles— en los sistemas de administración que los jóvenes dirigen o comparten en el seno de las administraciones locales de determinados países, a veces hasta en las comunidades rurales tradicionales, en las cooperativas, etc.

La actitud de los jóvenes frente a esta cuestión de su participación activa en la vida pública varía mucho según los casos. Por un lado reclaman una participación más extensa y efectiva en el seno de las estructuras existentes, que ellos se esfuerzan por hacer más eficaces y democráticas; por el otro, aunque se les ofrezca la oportunidad, se niegan a participar en la obra de las instituciones tradicionales y a integrarse en el «viejo orden» diciendo que ello debilitaría su dinamismo y su influencia de grupo que lo pone todo en tela de juicio.

Pero aunque no se pueda negar la necesidad de un diálogo permanente con los jóvenes, también es cierto que ese diálogo no puede ser fructífero si no llega a influir en las decisiones que se tomen. En ocasiones los jóvenes consideran que la tolerancia con que se discute con ellos disimula la intolerancia de la decisión final.



Participación de los jóvenes en la solución de sus problemas. — Es cada vez más frecuente que los escolares —a partir de cierta edad— y sobre todo los estudiantes, pidan, entre otras varias reivindicaciones, tomar parte en la dirección de la enseñanza que reciben, así como en la elaboración de nuevas estructuras universitarias o escolares y a la puesta en práctica de procedimientos de selección o de examen.

Aún en la manera de ver de los elementos más extremos, no parece que se tratara de reemplazar la autoridad del maestro con la del estudiante, sino de entablar entre las dos partes una comunicación más sencilla, más humana, y una discusión conducida sin reticencias ni complejos. El deseo de participación consciente y responsable que tienen los jóvenes se extiende a la administración, no solamente de las ciudades universitarias, sino también de las cantinas, de los dormitorios colectivos y de la disciplina en general dentro de las escuelas y colegios.

Lo dicho sobre escolares y estudiantes puede aplicarse a muchos obreros jóvenes deseosos de participar no sólo en la dirección de su propia formación profesional sino también en la adquisición de los

conocimientos y la adopción de las actitudes necesarias para llegar a esa «movilidad» que exige la modernización actual de la industria. Estos obreros quieren aportar asimismo sus propias ideas a la protección y organización de su trabajo y a la dirección y distribución de sus descansos, vacaciones y recreos, por no hablar de la forma que adquieran éstos.

La participación de los jóvenes trabajadores rurales en las cooperativas, en los clubes de jóvenes agricultores y en las instituciones que quieren asignarles un papel importante en la modernización de la agricultura —defendiendo así su razón de ser— puede llegar a ser la base de la consolidación y rejuvenecimiento de las colectividades rurales.

Más vigorosa todavía es la frecuente exigencia de los jóvenes, o sus demandas, frente a las múltiples instituciones y organizaciones para la juventud que el Estado o las organizaciones de adultos abren para ellos y donde quieren verse conferir más responsabilidades y posibilidades de acción directa que las que han tenido hasta ahora. Los jóvenes disponen de lugares de reunión cada vez más numerosos: «hogares», clubes, centros especiales para ellos. Pero en la medida en que todos esos clubes y

hogares no son verdaderamente de ellos, prefieren reunirse en otros sitios —cafés o bailes— que les proporcionan libertad de «evasión» y de intercambio de ideas. Un poco en todas partes, y de una manera más o menos declarada, esos jóvenes aspiran a dirigir los centros que se crean para ellos.

Finalmente, para contribuir a la solución de sus propios problemas, los jóvenes piden vivir su vida de manera autónoma en todo lo que se refiere al descanso o al ocio placentero. Se trate de deportes o actividades culturales, de vacaciones o viajes, los jóvenes quieren encontrar sus propios medios de expresión y de desarrollo de la personalidad en actividades escogidas libremente y organizadas por ellos mismos.

Advenimiento de una solidaridad internacional de los jóvenes. — No se puede negar que a un número importante de los jóvenes de estos tiempos los dejan fríos los problemas del mundo, ni que consideran con igual desprecio a los adversarios en caso de conflicto, ni que hacen caso omiso de la existencia de las organizaciones internacionales. Algunos, frente a las que integran la familia de Naciones Unidas, dan muestras de señalado escepticismo.

¿ Malestar artificial ? ¿ Juicio infalible ?

Así y todo, año tras año aumenta el interés de los demás por los problemas mundiales, que puede considerarse como consecuencia de la crisis reinante en todo nuestro planeta: disgregación de los sistemas de valores en las sociedades industrializadas, oposiciones entre sociedades dotadas de sistemas socio-económicos diferentes, problemas dramáticos de los países en vías de desarrollo, angustia de la muerte atómica... A muchísimos jóvenes todo eso les parece cada vez más irracional y despierta en ellos la necesidad de actuar «para cambiar el mundo».

Pese a la existencia de ciertos movimientos nacionalistas entre los jóvenes, estos son los partidarios más generosos de la comprensión internacional, que no es para ellos una idea teórica. Su protesta contra las guerras se multiplica y hace más fuerte cada día; los movimientos de voluntarios se han desarrollado rápidamente en los últimos años, hasta el punto de que la oferta es, en este sentido, muy superior a la demanda; las organizaciones de juventud tratan cada vez más de cooperar con las instituciones internacionales, y su adhesión a los programas de estas últimas es muchas veces tan colectiva como entusiasta, razón por la cual los programas de lucha contra el analfabetismo y contra el hambre, así como las campañas de solidaridad luego de las catástrofes naturales, encuentran en los jóvenes un caluroso apoyo. No cabe duda de que la nueva red de intercambio permanente entre los jóvenes, especialmente los estudiantes, ha favorecido el advenimiento de una nueva solidaridad de la juventud, esta vez en escala internacional.

Los jóvenes ofrecen y reclaman el participar en el movimiento de solidaridad internacional para construir un mundo en que los derechos del hombre, la paz y la fraternidad no sean cosas inscritas en «cartas», sino hechas carne en modos de vida y de acción distintos de los actuales.

Las actividades de la juventud en ese sentido, fuerza es reconocerlo, reflejan a su manera las incomprendiones, tensiones y contradicciones presentes de la vida internacional; pero la juventud, en todas partes, se encuentra cerca de los principios e ideales que la comunidad mundial no cesa de proclamar, aunque con harta frecuencia lo haga en vano.

Las organizaciones de los jóvenes quieren participar más, no solamente en la ejecución, sino también en la elaboración de los programas de las organizaciones internacionales. Pero no se les da verdaderamente la posibilidad de hacerlo así; no todavía, por lo menos. Importa mucho que las

organizaciones internacionales tengan en cuenta esta aspiración y hagan a los jóvenes un sitio más grande que el que tienen actualmente, porque sin lugar a dudas la consolidación de la acción que ellas despliegan en todo el mundo depende en mucho de la adhesión y participación de la juventud.

Las diversas interpretaciones del malestar social. — Hay quienes no ven «nada de nuevo» en las manifestaciones de la juventud actual, que según ellos no serían sino un caso particular del problema que han planteado siempre en el curso de la historia —y que seguirán planteando— los conflictos entre generaciones y la inadaptación de los jóvenes. Otros reprochan a éstos el ceder con demasiada facilidad a sus impulsos violentos sin saber adónde pueden llevarlos, ni tampoco adónde querrian ir. Al rechazar el paternalismo, ciertos jóvenes califican esta actitud de presuntuosa, intolerante e incompetente. Cuando hacen la guerra a la tecnocracia, se les echa en cara el ser demasiado susceptibles al verbalismo. Cuando las toman con los conformismos y las «situaciones hechas» de muchas gentes, se les dice que no tienen un sentido serio de las cosas, que son irresponsables y fútiles, y cuando denuncian la acción aisladora y envilecedora del mercantilismo, no se quiere ver en su repudio de la «sociedad de abundancia» otra cosa que una inconsecuencia de niños mimados.

En uno de los polos de la opinión, no se está lejos de afirmar, en resumen, que ese malestar y desazón de los jóvenes es «artificial», y que la sublevación en que están empeñados no la dictan auténticamente, desde el fondo de su espíritu, su condición y sus propias aspiraciones.

Otra actitud consiste en considerar el movimiento de la juventud como un fenómeno aislado, que tendría sus leyes propias y situadas fuera del contexto social global. Esta manera de ver las cosas encaja mal con el hecho —más evidente que nunca en estos últimos años— de que los jóvenes, como los adultos, no se encuentran todos «en un mismo campo», o con el hecho de que pueden estar a la vez en oposición con el cuerpo social del que han salido y conformarse a los dictados de éste, o con el hecho de que buscan y encuentran aliados o amparo en los otros grupos sociales sobre la conducta de los cuales, de todas maneras, han procedido a una toma de posición.

Parecería como si jóvenes y adultos estuvieran en gran medida unidos indisolublemente, y que más allá de las apariencias superficiales, la realidad contemporánea no res-

pondiera a los viejos esquemas de la «lucha de hijos y padres». Pero ello no obsta para que las formas y la amplitud del movimiento de la juventud asombren a muchos adultos. Demasiado tarde éstos se reprochan el no haber prestado bastante atención a los jóvenes y a sus reivindicaciones, se ponen a estudiar seriamente las causas de su descontento e intentan responder a sus cargos con lealtad.

Se reconoce así que la juventud de nuestra época contribuye a que se manifiesten libremente nuevos valores morales y sociales; que tiene razón al exponer las taras, males y bajezas de una civilización que ella se niega a aceptar tal como es; que aporta nuevos modos de conducta saludables en muchos sentidos, que ayuda a dar nueva expresión al rechazo de estructuras sociales y políticas caducas y que, particularmente, ha llevado a sus mayores a pensar en los sistemas educativos y a colaborar con ella en la renovación correspondiente.

En un extremo uno encuentra adeptos declarados del «poder estudiantil» que ven en la juventud el «juez infalible» de las deformaciones intelectuales y las iniquidades sociales de nuestra época y le extienden un permiso de «progresividad absoluta». El resultado más claro de esta actitud es el de alimentar las prevenciones contra el vanguardismo juvenil y de suscitar en muchos adultos reacciones de desconfianza u hostilidad frente a ciertos aspectos reales del movimiento de los jóvenes.

¿Accidente del camino o crisis profunda de la sociedad? — De ambas maneras se ha querido explicar la serie de fenómenos actuales. Se insiste, por ejemplo, en que la inadaptación de las instituciones tradicionales y anacrónicas a las necesidades de modernización de estos tiempos crea tensiones, y que la manifestación lógica de las mismas son esas explosiones que todos hemos observado. Una manifestación bienvenida en la medida en que conduzca a reformas que, al remediar las causas, supriman los efectos.

Dentro de esta óptica, fenómenos tales como el rechazo, el sentimiento de aislamiento o la revuelta de los jóvenes podrían —en un plano más general— asimilarse a los sobresaltos que acompañan forzosamente el paso de una sociedad a otra, y en este caso particular la transición de sociedades preindustriales a sociedades industriales fundadas en el racionalismo.

Puede pensarse también que se trata de un fenómeno de exasperación pasajera en el que se manifiestan rasgos de carácter típicamente juveniles como la turbulencia, la ingenuidad y el amor de lo utópico; o bien,

más sencillamente todavía, que el cariz más o menos serio que puedan cobrar los acontecimientos no se debe a la existencia objetiva de los problemas que los jóvenes se complacen en enumerar, sino a la ingenuidad e ignorancia de determinado sector de la juventud.

Por otro lado, determinadas hipótesis que están de acuerdo en diagnosticar una crisis en la sociedad o una crisis de ésta acusan considerables divergencias en cuanto al carácter de las causas: crisis de integración de la juventud en el marco de las sociedades modernas; urgencia de tales o cuales mutaciones en los diversos tipos de sociedad; necesidad de romper con el conservatismo en tal o cual situación; crisis de la «sociedad de consumo»; crisis de modos de vida, de valores establecidos; crisis, en suma, de la civilización.

Desde esa perspectiva, se reconoce de un modo implícito que la juventud resulta particularmente sensible a los males de la sociedad. Y esta noción de una juventud lúcida en un mundo envejecido y ciego es el eje de la hipótesis más dramática: la de que la fase por la que pasamos sería para el mundo el preludio o de una agonía ineluctable o de un nuevo nacimiento.

Por lo que respecta a las dimensiones nacionales o internacionales de la crisis de la juventud, las interpretaciones oscilan entre dos tesis fundamentales. La primera de ellas sostiene que, en razón del carácter esencialmente nacional del fenómeno juventud, los problemas varían tanto según los países que no hay entre ellos ni similitud, ni analogía ni correlación. La segunda consiste en afirmar, por el contrario, que se trata de un fenómeno general cuya universalidad se funda no sólo en el sentimiento, oscuramente registrado entre los jóvenes de todas partes, de una crisis de la humanidad entregada al caos y a la amenaza, sino también en la existencia de una cultura juvenil y de hecho internacional que facilita la permeabilidad y el contagio entre los diversos movimientos de jóvenes.

Sin dejar de reconocer la importancia que tiene el señalar las diferencias existentes entre las situaciones, los ideales, los objetivos, las reivindicaciones y los métodos de los jóvenes de un país y otro, difícilmente podría negarse que hay en ese sentido rasgos parecidos y comunes denominadores entre acciones y fenómenos alejados unos de otros y aparentemente distintos, aspecto particularmente interesante para las organizaciones internacionales.

Tres tendencias para la solución de la crisis. — En un número cada vez mayor de países vienen realizándose esfuerzos por extender las medidas prácticas en favor de la juventud, crear una infraestructura adaptada a las necesidades de los jóvenes y desarrollar las actividades organizadas

por éstos y por sus centros, clubes, etc. Pero en las circunstancias actuales cabe preguntarse si las estructuras, las medidas y las actividades existentes bastan para responder a los problemas de la hora.

Tres tendencias diferentes se acusan en este sentido. La primera es la de crear organismos gubernamentales o paragubernamentales encargados de los problemas de la juventud; la segunda es la de desarrollar o intensificar la autoorganización de los jóvenes en el marco de las instituciones puestas al servicio de la juventud y aptas para promover su florecimiento; la tercera, la de ampliar y ramificar la red de actividades comerciales destinadas a satisfacer la demanda de los jóvenes en el plano de las vacaciones y el turismo.

Una corriente de innovación. — Cada vez más numerosos son los países dedicados a formular una «política de la juventud» que abarca un conjunto de medidas legislativas, sociales, educativas y financieras. Muchos gobiernos han tomado —o favorecido la adopción— de medidas a largo plazo, cuya realización no deja de estar acompañada de tanteos, o si no de medidas de urgencia, con todo lo que éstas comportan de improvisación. La relativa ineficacia de unas y otras medidas se debe, o bien a un desconocimiento de las aspiraciones de los jóvenes, o bien a la insuficiencia de los lazos establecidos con las diversas corrientes de juventud —por no hablar de los errores de concepto— o bien a la rigidez de las estructuras creadas siguiendo esa «política de la juventud» o, por el contrario, al exceso de vacilaciones y revisiones registradas en esas estructuras; o bien, por último, a la insuficiencia de los medios materiales y financieros que, en muchos casos, ha sido motivo de precariedad, mediocridad y discontinuidad en la adopción de dichas medidas.

Entre las medidas prácticas que merecen atención especial pueden citarse: la educación escolar, las actividades de educación extraescolar y los actos destinados a favorecer la dedicación de los jóvenes al servicio del desarrollo de su país o de su colectividad local. Aún a riesgo de incurrir en perogrulladas, conviene recalcar el hecho de que la enseñanza escolar y universitaria ejerce en los jóvenes la influencia más general y más profunda de todas y que goza, por parte de los Estados, de inversiones financieras e intelectuales que son con mucho las más importantes dedicadas a ellas. La instrucción escolar ha conocido estos últimos años en todo el mundo una expansión sin precedentes, habiendo pasado el porcentaje de aumento de esas inversiones al correspondiente al aumento del presupuesto nacional.

La democratización de la enseñanza, razón de ser y corolario de este fenómeno, comporta consecuencias

altamente benéficas al mismo tiempo que crea problemas nuevos. El ímpetu de la educación escolar y universitaria ha estimulado las innovaciones pedagógicas, suscitado reformas administrativas, hecho nacer nuevas relaciones entre el «medio» y la escuela y provocado una corriente de renovación metodológica. Resulta estimulante constatar que, gracias a los numerosos concursos que inspira, ésta es una tendencia que no cesa de afirmarse.

En la esfera de las actividades extraescolares cabe subrayar a la vez el crecimiento constante de las actividades, instituciones y medios materiales, y la insuficiencia y relativa ineficacia de lo que se ha hecho con todo ello. La educación extraescolar contribuirá a la renovación de la enseñanza, al rejuvenecimiento de métodos pedagógicos que demasiado a menudo son arcaicos y a la revisión de los programas, cuyo carácter enciclopédico, autoritario e irrealista se ve tan frecuente y justamente denunciado por los jóvenes.

Al mismo tiempo que la juventud cobra conciencia de su fuerza, la sociedad cobra conciencia de la importancia de la juventud en la medida misma en que la aceleración del desarrollo exige la movilización de la masa de los jóvenes, que constituye un capital humano indispensable. En lo que se refiere a modernizarse y sostener la cadencia de la expansión económica, los países se preocupan poco de servirse más de lo que lo hacen de las ideas innovadoras de los jóvenes.

Que sepamos, 28 países (el Afganistán, el Alto Volta, el Camerún, el Chad, el Congo (Brazzaville), Dohomey, los Estados Unidos de América, Ghana, Jamaica, Kenya, Liberia, Madagascar, Malawi, Malaya, Malí, Marruecos, Nigeria, la República Árabe Unida, la República Centroafricana, la República Democrática del Congo, el Senegal, Singapur, Tanzania, el Togo, Trinidad y Tobago, Uganda y Zambia) han creado servicios nacionales de la juventud para el desarrollo económico y social. Estos servicios contratan por uno o dos años a los jóvenes disponibles entre el término de su adolescencia y su acceso a la vida adulta.

Otros países (la Argentina, el Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, los Estados Unidos de América, el Salvador, el Ecuador, Etiopía, las Filipinas, Guatemala, la India, el Irán, Jamaica, el Nepal, Panamá, el Perú, Tailandia y Venezuela) en que los servicios de ese género los prestan los organismos privados, han querido reglamentar su estatuto adoptando disposiciones legislativas especiales para que sus actividades puedan integrarse a los planes de desarrollo. Así se ha oficializado, por ejemplo, la actividad de la Compañía de Jóvenes Canadienses, que tiene por fin el de sostener y fomentar la realización de programas destinados al desarrollo social, económico y colectivo, y las del Servicio Educativo y del Servicio

Sanitario del Irán (ambos de carácter voluntario) que se han fijado por obra la de mejorar las condiciones de existencia de las poblaciones rurales, o la de los *Volunteers in Service to America*, que ofrece a los jóvenes y menos jóvenes la posibilidad de contribuir a la realización de programas sociales en los barrios pobres de las ciudades, los distritos rurales menos favorecidos y los territorios donde residen las tribus indias.

Socios, pero no comanditarios. —

Pero no hay que disimular el hecho de que, en sus formas actuales, este llamado hecho al concurso benévolo de los jóvenes tiende muchas veces a «utilizarlos», a imponerles una obligación que en cierto modo equivale a una movilización, más que a suscitar en ellos la expresión de un sentido cívico elevado o de un libre espíritu de solidaridad o a hacer de ellos los verdaderos agentes de su porvenir, basado en el desarrollo nacional.

Sólo en la medida en que la juventud obtenga el derecho de expresar su parecer sobre éste y sobre la orientación a dársele puede llegar a participar verdaderamente en todas sus obras, con el resultado de que contribuirá con mucho más ardor a la realización de éstas y también de que su integración en la sociedad global se hallará grandemente facilitada por ello. En una materia como ésa no se trata de mostrarse hábil frente a los jóvenes sino de echar las bases nuevas de una auténtica política de la juventud.

Pero los programas destinados a ésta se emprenden con harta frecuencia sin un verdadero conocimiento de los jóvenes actuales, de sus problemas, de su comportamiento y de las tendencias que los animan; la razón de ello es que se descuida el observar el equilibrio indispensable entre la reflexión y la acción, entre las medidas concretas y la investigación científica de las situaciones y las cuestiones,

Por otra parte, la rigidez de determinadas estructuras, o el tradicionalismo en las actividades destinadas a la juventud: a veces un exceso de lentitud o hasta un temor frente a las necesidades y reivindicaciones de los jóvenes, no permiten a los que dirigen instituciones encerradas en formas obsoletas que las hacen ineficaces llevar a cabo la adaptación dinámica de las mismas a las condiciones reinantes en nuestros días.

Finalmente, y sobre todo, las políticas, los programas y los criterios prácticos en esta esfera están, las más de las veces, concebidas y realizadas para los jóvenes en vez de estarlo con y por los jóvenes.

Sólo modificando resueltamente esa actitud de espíritu puede esperarse la superación de la crisis actual, que no es solamente una «crisis de la juventud» sino igualmente, en gran medida, una crisis de las preocupaciones de la sociedad frente a su juventud.



Foto © Holmes-Lebel

La revuelta de los estudiantes franceses en mayo de 1968 tuvo repercusiones profundas, no solamente en Francia, sino en Europa y en otros continentes. En la foto, un manifestante luego de una noche agitada en el Barrio Latino.

JUVENTUD IRACUNDA

por **Marcel Hicter**

A continuación presentamos a nuestros lectores amplios extractos del estudio que Marcel Hicter, Director general de Juventud y Vacaciones en el Ministerio Belga de Cultura, ha dedicado a los problemas de la juventud europea. Realizado a petición del Consejo de Europa, esta importante trabajo ha sido objeto de una acogida llena del mayor interés al ser presentado en setiembre pasado en Estrasburgo, en una reunión de la Asamblea Consultiva de dicho Consejo.

Ante las revueltas juveniles que se suceden actualmente los adultos no pueden entregarse al juego hipócrita de la sorpresa; en forma de amonestaciones y advertencias por parte de los jóvenes, no son avisos lo que les ha faltado por cierto.

Raros son los países industrializados que no hayan conocido estas revueltas violentas y destructivas. Ya en 1956 la Navidad en Estocolmo fue trágica y las gentes se preguntaron cómo habían podido llegar a ese extremo los jóvenes del país más económicamente avanzado del mundo. Se han escrito libros y libros para explicarlo por la satisfacción y también por la ausencia de deseos, por la falta de moralidad y de religión, por una libertad sexual excesiva, por la pasividad de los padres, etc. Casi todas las grandes ciudades siguieron el ejemplo de Estocolmo, y una noche de verano de 1963 la *Place de la Nation* de París vio a 150.000 jóvenes entregarse al delirio colectivo por la excitación que les producía la presencia de sus ídolos.

La explotación comercial del gusto de los jóvenes —excelente fuente de ganancias— inventó una cultura de la juventud y creó verdaderos *ghettos* culturales: rechazo del mundo adulto y de toda tradición de valores: deseo de movilidad y cambio, modas siempre nuevas y provocadoras en la vestimenta, germanías secretas, costumbres particulares, ritos de iniciación, culto de la velocidad, de la violencia, deseo de estar «a la última palabra», eliminación de los héroes y reemplazo de éstos por ídolos: James Dean, Humphrey Bogart, los personajes de «West Side Story», etc.

MARCEL HICTER es Director General de Juventud y Vacaciones en el Ministerio belga de Cultura. Experto de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa sobre «La crisis actual de la sociedad europea; un mundo de juventud enferma», el señor Hicter tomó parte como delegado de Bélgica en la Conferencia Internacional sobre la Juventud organizada por la Unesco en Grenoble en agosto de 1964.

Los adultos se sienten completamente ajenos a esta música joven, a estos discos jóvenes, costumbres jóvenes, peinados jóvenes, modo de conducirse joven, bebidas para jóvenes, etc. Pero todas estas cosas han invadido las estaciones de radio y de televisión; y hay que ser o bien «teenager» o bien vejestorio sin remedio. No es una situación creada por adolescentes, sino por adultos que consideran únicamente a la juventud como un mercado, y uno se convence, no sin cierta vergüenza, de que las primeras encuestas sobre la juventud europea han sido estudios del mercado que podían constituir los jóvenes.

Mientras tanto tenían lugar otros movimientos más intelectuales y artísticos, como el notable florecimiento literario y teatral registrado en Gran Bretaña por los «jóvenes iracundos» que la emprendieron auténticamente contra la sociedad industrial. En los Estados Unidos surgieron los «beatniks», entre los que se contaron algunos buenos poetas y novelistas del rechazo y que, aunque de origen universitario y artístico, se vieron rápidamente sobrepasados por imitadores que nada tenían de una cosa o la otra, y sólo conservaron la vestimenta bizarra de sus modelos.

Holanda conoció el movimiento más rico desde el punto de vista sociológico: el de los *provos*, pálidamente seguido en los países vecinos. Los *provos* no rechazaban la sociedad en conjunto, ni renunciaban a modificarla; uno del grupo salió electo miembro del Consejo Municipal de Amsterdam: el jefe era un filósofo conocido; el grupo en conjunto luchaba, como varios grupos de adultos, contra la contaminación del aire y del agua e intentaba hacer dar a la policía nuevas funciones más sociales, más humanas, como el cuidar de los niños o el dirigir los juegos en los campos de deportes; luchaba también por salvar monumentos y emplazamientos históricos pero, sobre todo, denunciaban la

hipocresía de la sociedad adulta, que deja morir de hambre a millones de niños en el mundo mientras construye bombas atómicas y perpetra la guerra del Vietnam.

Esta guerra suscitó a la vez la creación de muchos seminarios donde los estudiantes de las universidades se orientaron, por oposición, hacia una serie interminable de interpretaciones del pensamiento de Marx y, al mismo tiempo, la aparición de grandes manifestaciones en países como Bélgica, donde todas las organizaciones juveniles se unieron para organizar, o bien marchas contra la bomba atómica, o manifestaciones condenando el conflicto del Vietnam.

La universidad había dado ya repetidas veces el ejemplo de la controversia sobre la cultura, sobre la sociedad, y hasta sobre ella misma como centro de enseñanza. En este sentido cabe evocar la revolución cultural china, el movimiento de Estrasburgo, que constituyó un motivo de estudio en Nanterre, y su manifiesto «Sobre la miseria»... y recalcar sobre todo el caso de la Universidad de Berkeley (California), centro de alta tradición intelectual donde se dió el primer caso de discusión abierta y violenta que anunció los movimientos a producirse en todo el mundo en 1968. En un discurso que pronunciara en Filadelfia el 24 de febrero de 1967, el malogrado Robert Kennedy analiza extensamente el fenómeno y cita la interpelación del decano de los estudiantes al Consejo de la Universidad, interpelación que anuncia ya lo que vendría después y determina el aspecto internacional de la revuelta universitaria:

«Hemos pedido que se nos escuchara. Vds. se han negado a hacerlo. Hemos pedido justicia. Vds. la han llamado anarquía. Hemos pedido libertad. Vds. la han llamado licencia... Antes que hacer frente al medio y la desesperación que Vds. mismos han creado, le ponen la etiqueta de comunismo. Vds. nos han acusado de no recurrir a las vías legales, pero

SIGUE A LA VUELTA

Por primera vez, la especie humana toma conciencia de su unidad

al mismo tiempo nos las han cerrado. Vds., y no nosotros, son los que han levantado una Universidad fundada en la desconfianza y en la deshonestidad».

El fenómeno de los *hippies* es bien reciente por cierto, y está bien presente en la mente de todos. En esa misma California, estableciendo un análisis de la sociedad de abundancia de la que ha surgido la mayor parte de ellos, docenas de millares de jóvenes dejan de repente sus familias para vivir en su propia república: la flor, la no-violencia, la sexualidad y el pacifismo son su santo y seña; pero junto con ellos van el rechazo de toda acción, la evasión a cualquier precio, aunque sea el de la marihuana y el LSD.

Desde hace varias décadas los adultos disponían de una copiosísima literatura y de estudios de especialistas sobre la sociedad industrial, la sociedad de consumo, la sociedad de la abundancia, la civilización del ocio placentero, y contaban también con tentativas de elucidación de esos problemas, así como de libros blancos y encuestas sobre la juventud presentados en formas diversas.

Disponíamos, finalmente, de estudios universitarios importantes sobre la reforma necesaria y urgente de la Universidad. Ejemplos célebres de ellos son los coloquios franceses de Caen y de Amiens, donde los maestros más ilustres de la Universidad nacional dieron ellos mismos un ejemplo cumplido de análisis, de autocrítica y de controversia y ventilación de todos los problemas. También en Bruselas fueron los profesores y los investigadores los que se pusieron en marcha el movimiento estudiantil. Hace más de diez años que el rector Jean Capelle lanzaba en Francia la fórmula, adoptada luego con tanta frecuencia, de los programas de controversia.

Con todos esos datos, esos estudios, esos conocimientos en mano ¿por qué fingimos no comprender o, lo que es peor, no comprendemos verdaderamente lo que pasa? Por poco que se ahonde en el análisis objetivo de una situación muy compleja, hay que reconocer que, por una parte, hay en ella un conflicto de generaciones: quizá el primero de los conflictos violentos entre jóvenes y viejos que nos anuncian determinados sociólogos diciendo que han de reemplazar la vieja lucha de clases. El hecho, en todo caso, rompe los ojos; la forma de encarar la cuestión que tienen los estudiantes es esencialmente de cateo, de tanteo, y la reacción de los adultos naturalmente conservadora.

Vivimos en una sociedad en la que aumenta incesantemente la proporción de viejos en los parlamentos, las cátedras universitarias, los altos puestos de la administración, la dirección de las empresas, la propiedad industrial, comercial y agrícola, los puestos de

los consejos de administración; viejos que no tienen ya el brío mental o moral o físico no sólo para estar al día con lo que pasa, sino para vivir y actuar en función del porvenir.

Pero tampoco los hombres de cincuenta años se aventuran. En 1940 tenían 20 años; muchos de ellos han jugado a la vida y la muerte todos los días de su juventud, y es un juego que cansa; muchos también han pasado esos años en campos de concentración; es lógico que quieran gozar de lo que no tuvieron entonces; todos sienten el orgullo de haber reconstruido su país, su casa, sus escuelas, sus fábricas, y de haber creado una sociedad donde el bienestar y las comodidades son generales —lo que más echaban de menos entre los veinte y los treinta años— y de progresar cada día más hacia un bienestar mayor y hacia lo que ellos llaman un mayor grado de justicia social.

Los alemanes de cincuenta años agregan a todo eso el orgullo especialísimo de haber instalado, por encima de «la noche y la niebla», la primera sociedad democrática verdadera en la historia de su país, sociedad que dura ya desde una generación atrás; y el orgullo especialísimo, también, de haber reintegrado en veinte años su país al conjunto de Europa de igual a igual con los otros.

Pero hete aquí que sus hijos condenan la sociedad de la abundancia, su democracia, sus estructuras y la Universidad que no está allí sino para prepararlos a constituir las filas de profesionales dentro de esa sociedad de la que sus padres quincuagenarios están tan orgullosos.

La «mundialización» de la cultura. — Tratemos de comprender. ¿Qué es lo que cambiado verdaderamente en una generación? ¿A qué se debe esa mutación acelerada?

En 1967 yo había señalado la universalización de la cultura y el destino de los jóvenes, citando al efecto a Henri Janne:

«Toda guerra, por más periférica o importante o susceptible de llamar la atención de las gentes que sea, se difunde y conoce instantáneamente en centenares de puntos del globo. Se produzca donde se produzca, un hecho determinado no deja de tener consecuencias para los demás hombres; la interdependencia económica es efectiva y tiene efectos directos o indirectos sobre cada uno».

Toda guerra, por más periférica y marginal que sea, toda dificultad sería en el mundo, afecta el equilibrio, la seguridad, la libertad de todos los pueblos, por lo menos potencialmente. Estamos enterados de todo lo que pasa en el mundo. La imagen, el sonido, la palabra llevan a todas partes el conocimiento de la vida de los otros. De ahora en adelante no podemos

hacer caso omiso de la miseria del «tercer mundo»; a su vez éste contempla lo que para él constituye la riqueza encontrando al mismo tiempo, sin duda alguna, risibles y odiosos nuestros problemas de reparto social.»

«Por primera vez en la historia, la especie humana toma conciencia de su unidad. Los problemas que se plantean no tienen sentido sino a escala total, por referencia, no al hombre como abstracción, sino a la humanidad total, presente, concreta y viva. La nación, por grande que sea, vive todavía a la escala del cañón, del tanque, del motor a explosión, es decir, de lo que se llama «armas clásicas». Pero los hombres en general viven a la escala del motor de reacción a chorro, de la bomba H y de los cohetes interplanetarios o espaciales, es decir, a la escala de la humanidad.»

Comunicación de masas y cultura de masas. — A la universalización de

SIGUE EN LA PAG 18

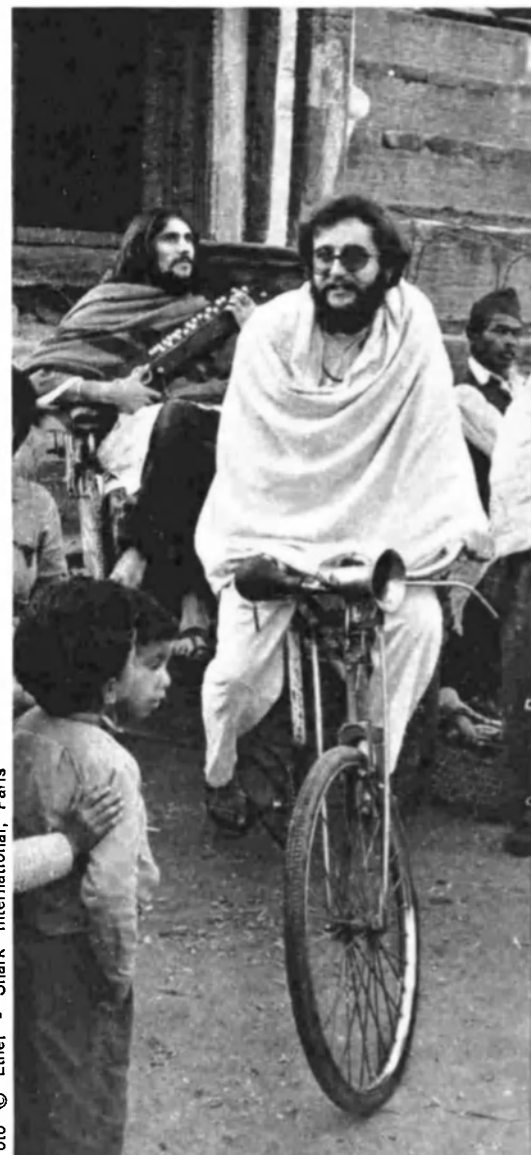


Foto © Ethel - Snark International, Paris

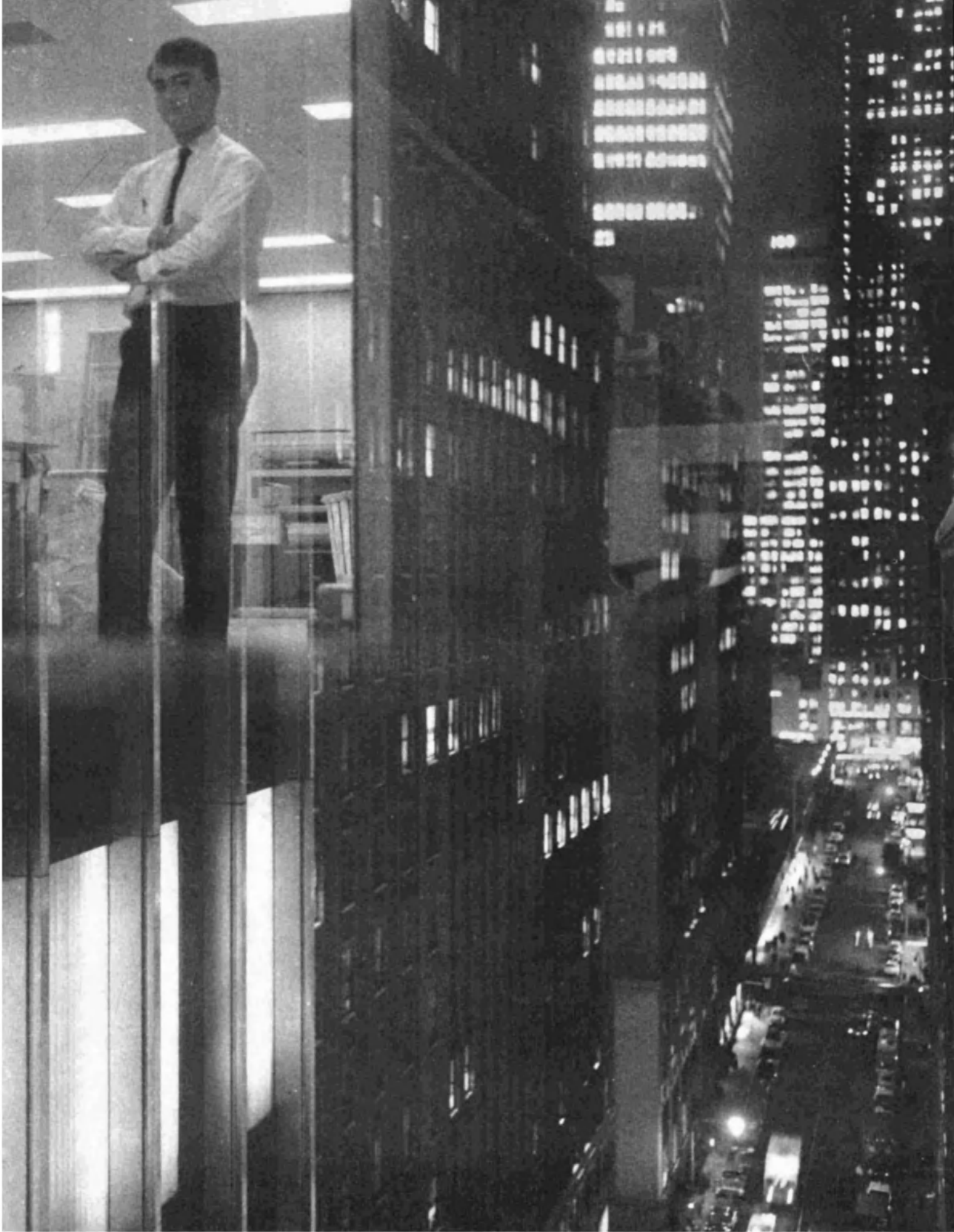


Foto © Jean Contenay - Snark International

Los pintorescos «hippies» van en busca de una fraternidad calurosa en que el individuo se libera de la opresión urbana, de la falta de espacio y tiempo. A la izquierda se los ve en Katmandú, en el Nepal, país en que, lejos de la civilización técnica, buscan con entusiasmo las cosas que ésta no puede ofrecer. Arriba, la hostilidad de la metrópolis vertical en la que se apilan hombres que viven sin mirarse ni verse por encima de las congestiones del tráfico.

Amoldamiento industrial de las mentes

la información se agrega una aceleración de las comunicaciones y una penetración de la masa por aquélla. Vivimos la era de las comunicaciones entre las masas y de la cultura de masas. Y tenemos que vérnosla con la primera generación que ha crecido con la televisión. Hay que darse cuenta de que si para la mayor parte de nosotros la escuela fue la principal, cuando no la única, ventana abierta al mundo, a esta nueva generación no le ha dado más que una infima parte de su haber intelectual.

Desde los primeros años de su vida los jóvenes de hoy se han visto bombardeados por una serie de imágenes y sonidos, de informaciones fugaces, cambiantes, y han pasado en un mismo minuto de la muerte de Kennedy a una carrera de automóviles o a un desfile folklórico. Sufren todos un continuo bombardeo de conocimientos fragmentarios, no integrados ni jerarquizados, no estructurados, ni disparados a valores o líneas de fuerza determinados. Esos jóvenes no conocen ni el análisis ni la síntesis.

Hace varios años que el Profesor McLuhan, británico emigrado al Canadá, viene perturbando a muchos con sus consideraciones sobre el fin de la «galaxia Gutenberg». McLuhan declara que nuestra sociedad, fundada en la escritura lineal, estaba obligada a ser una civilización del ojo y de la razón (basta que uno tenga que escribir para que se vea obligado a precisar sus ideas) mientras que las comunicaciones para la masa, y muy especialmente la televisión, nos hacen abandonar la era de la razón para encaminarnos a una nueva era oral, en que la tribu cobra dimensiones planetarias.

Todo ocurre como si, entre las estructuras mentales de los jóvenes y mi estructura mental de adulto, no hubiera diferencia de calidad sino de esencia, de sustancia; una diferencia que trae consigo la imposibilidad del diálogo por falta de un método común de reflexión y razonamiento. Espero equivocarme, pero estas coincidencias siguen inquietándome.

El «amoldamiento» industrial de las mentes. — Para los adultos hay otra cosa igualmente grave. Hay que leer a H. Magnus Enzensberger («¿Cultura o nivelación de las mentes?»), y especialmente su estudio sobre el método industrial de igualar las ideas. Este fenómeno social que es la manera de dirigir y hacer amoldarse industrialmente las conciencias y los espíritus es un producto de los cien años últimos que sufre ahora un desarrollo rápido y múltiple.

«Aún no hemos llegado a darnos cuenta», dice este autor, «de que esa manera industrial de dirigir la mente del hombre está por alcanzar su pleno desarrollo y de que todavía no ha podido enseñorearse de su pieza esencial,

que es la enseñanza. La industrialización de la enseñanza ha comenzado hace bien poco; mientras nosotros seguimos discutiendo el empleo del tiempo, los sistemas escolares, la falta de educacionistas y la plena utilización de los locales, se van preparando los medios técnicos que harán anacrónico todo debate sobre la reforma escolar.»

«El «amoldamiento industrial» de las mentes es una cosa tan notoria en el régimen capitalista como en el comunista. Poco importa que esa forma de dirigir el pensamiento general la practique el Estado o una serie de instituciones públicas o privadas; de lo que se trata en todas partes es de «perpetuar la relación entre las fuerzas existentes, sea cual sea su carácter»; en todas partes se trata también de «inculcar cierto modo de pensar a fin de explotarlo». La explotación material se escuda tras la explotación de mentes maleables o simplemente inconscientes; de ello resulta una miseria moral y la pérdida de las facultades políticas por parte de masas que quedan libradas a las decisiones de minorías cada vez más poderosas.»

«El rápido desarrollo de ese «amoldamiento industrial» de las mentes, que cobra categoría de instancia de la sociedad moderna, transforma el papel del intelectual en la sociedad. El intelectual se ve expuesto a nuevos peligros y nuevas eventualidades, entre ellas la de ser objeto de tentativas de corrupción y de chantaje de un carácter nuevo y sutil. Voluntariamente o no, conscientemente o no, se convierte en cómplice de una industria cuya suerte depende tanto de él como él de ella, y cuya misión actual, que es la de cimentar el poder establecido, es incompatible con la suya. Aquí llegamos a la frontera de un mundo de violencia psicológica, si es que no entramos en el cogollo del mismo.»

Un mundo de violencia. — Esta violencia que nos rodea merece que uno se ocupe de ella por el desafío a la civilización que comporta. No es que los hombres de otras épocas no la hayan conocido; para muchos de entre ellos esa violencia era cotidiana. Pero para nosotros, para nuestra época, en el momento de afirmarse el dominio del

SIGUE EN LA PAG 20

Como en un calidoscopio gigante, todas las imágenes del mundo —desde la belleza hasta el horror— estallan sobre la juventud actual, la primera que ha crecido frente a las pantallas de televisión. Para esta juventud la imagen está antes que la palabra. Ello modifica tanto su actividad como su capacidad de razonar, y ciertos sociólogos ven en las comunicaciones de masas la razón profunda de las crisis actuales, que son las de un humanismo que se está buscando.



Foto © Collage Roman Cieslewicz - Edition Mafia (Maimé Arnodin, Fayolle, International Associés)





Foto © Asie Photo

JUVENTUD IRACUNDA (cont.)

hombre sobre las fuerzas de la Naturaleza, en el momento de florecer la ciencia y de fulgurar la investigación, la violencia, en un mundo que nos inculca desde la infancia el respeto por la vida, constituye un escándalo anacrónico.

El Centro de Estudio sobre la civilización contemporánea de la Universidad de Niza acaba de publicar textos de un coloquio entre los representantes de diversas disciplinas bajo el título de «La violencia en el mundo actual» (Desclée de Brouwer, 1968). El sumario del libro basta ya para angustiarnos a uno. Tensiones y distorsiones en el humanismo contemporáneo: Violencia y moral; Terrorismo y violencia psicológica en el teatro, la literatura, el cine, la televisión; Conflictos sociales, Tercer mundo, El negro en los Estados Unidos, Segunda guerra mundial, Armas nucleares, Violencia internacional... Creo que basta con citar aquí unos párrafos de Jean Onimus que precisan el aspecto nuevo de la violencia:

«Paradójicamente, en el curso de los treinta últimos años, la violencia se ha desencadenado en formas particularmente odiosas, alcanzando un

grado de cinismo y refinamiento digno de las épocas más crueles de la historia. Torturas, genocidios organizados científicamente, persecuciones de todas clases, desplazamiento forzado de poblaciones enteras, aniquilamiento por los poderosos de pueblos u hombres indefensos, nuevo despertar del terrorismo bajo las formas más inhumanas, y finalmente, amenaza atómica y todo lo que se llama «equilibrio por el terror».

«La violencia, como una marea, va subiendo en el horizonte del porvenir y hace pesar, sobre la euforia del progreso, la angustia de la regresión, es decir de una destrucción total. Y lo que es más aún, las técnicas de la violencia, al irse perfeccionando, han hecho aparecer formas nuevas de brutalidad física y moral: violación de las conciencias, lavado de cerebros, manipulación de las mentes y presiones de todas clases que constituyen una gigantesca empresa de enajenación y profanación de las libertades.»

«Cuando uno piensa en las tensiones políticas, económicas, raciales y sociales reinantes en un planeta que ha cobrado plena conciencia de lo que es en conjunto, y cuando consi-

dera, por otra parte, la variedad y fuerza de los medios de conquista y coerción de que la ciencia ha dotado a los hombres, uno se pregunta angustiado si el círculo de la violencia no se ha cerrado definitivamente y si el apelar a la conciencia universal podrá romperlo alguna vez.»

«Ese tipo de violencia caliente, brutal, que rompe los ojos, no es el único por cierto. Más peligrosas, por menos visibles, son las empresas solapadas de adiestramiento, de nivelación, de «acondicionamiento» que, bajo las apariencias más amables y poniendo hábilmente en juego ciertas motivaciones, tienden a encerrar a las gentes en redes invisibles. El individuo desprevenido, desconcertado por la complejidad de las situaciones, aplastado por las sollicitaciones de que es objeto y atacado simultáneamente en lo que tiene de más bajo y de más noble —tanto en su idealismo como en sus instintos— no es otra cosa que un juguete pasivo, y tanto más objeto de burla cuanto más libre se cree.»

«Casi es imposible sentir esa forma interiorizada de la violencia, que aleja y enajena mucho más profundamente

"Cada civilización ha conocido sus demonios y sus ángeles. Pero sus demonios no eran forzosamente multimillonarios y productores de ficciones. Tarde o temprano, la fábrica de sueños vive de sus medios más eficaces, que son el sexo y la sangre".

André Malraux

que las otras porque sorprende a las conciencias cuando no están en guardia, apoderándose de su buena voluntad. Para defenderse de ella hace falta estar bien alerta, en una actitud de permanente desconfianza de la que la mayor parte de los hombres no son capaces. »

«En ello reside la más inquietante de las amenazas para el porvenir inmediato; contra las manifestaciones abiertas de la violencia, la reacción se impone por sí misma, pero la violencia asordada se instala con la connivencia de sus víctimas y no se la descubre más que por las ventajas que aporta a quienes se sirven de ella.»

Efectos de la explosión demográfica de la juventud en la vida y ambiente de escuelas y universidades. — La explosión demográfica de la juventud tiene repercusiones inmediatas sobre los presupuestos y la adquisición de útiles escolares, pero también las tiene

sobre la vida que se hace en el interior de las escuelas y el clima espiritual dominante en ellas. Es lo que ha pasado en las universidades de Francia y Bélgica al aumentar el número de estudiantes, en el curso de una generación, de 50.000 a 600.000 y de 10.000 a 60.000 respectivamente.

Universidades con 100.000 estudiantes no pueden organizar verdaderas relaciones humanas entre éstos y los profesores, por una parte, y entre ambos grupos y los administradores por la otra.

En la de Lieja, que ha experimentado un crecimiento demográfico normal, el Profesor Fernand Desonay señalaba que en 1930 había cinco estudiantes en el año final de filosofía y letras, pero que al cumplir su último año de profesorado, en 1965, había tenido que examinar a 1.384 estudiantes condenados, por la simple razón del número, al anonimato y al juego de la indiferencia y la casualidad.

Sartre decía hace poco: «En la Escuela Normal Superior éramos 25 —una promoción— y no nos ahogábamos. Se trabajaba en colaboración y con instrumentos perfectos. Se podía discutir con el profesor, y había una continua controversia, pero todo ello ocurría en una atmósfera de aristocrática leticia. Hoy la cosa ha cambiado totalmente. Los estudiantes se han multiplicado en tal forma que ya no pueden tener con los profesores las relaciones directas que teníamos en

otros tiempos. Hay muchos estudiantes que no llegan a ver siquiera al profesor. Apenas si lo oyen por medio de un altoparlante: el profesor es un personaje totalmente inhumano e inaccesible que está ahí para espetarles un curso cuyo interés para cada uno no llegan a comprender en absoluto. »

Pero cuando miles de alumnos tienen como centro privilegiado de sus estudios las ciencias humanas —es decir, sus propios problemas presentes y futuros, individuales y colectivos, privados y públicos— lo que se produce es un incendio alimentado permanentemente. A causa de la explosión del número de universitarios, la cosa que se comunica desde las facultades de ciencias humanas a todas las otras es, sobre todo, una conciencia de la depreciación que ha sufrido el título universitario. Nace así un nuevo proletariado cargado de armas mucho más explosivas para defender sus intereses y su porvenir que el proletariado obrero de otros tiempos.

El destino del joven universitario contemporáneo no es lógicamente, como lo fue en el caso de su padre, el de convertirse en una figura directiva, un alto funcionario o un profesional eminente. Pero este aspecto, puramente universitario y muy agudo, como acabamos de ver, no debe hacernos olvidar otras consideraciones infinitamente más generales y que sobrepasan los problemas de la juventud estudiantil.

¿Piensan menos por crecer más pronto?

En un corto artículo publicado en «La educación nacional» (20 junio 1968) Robert Mandra se pregunta si las causas del malestar y la inquietud juveniles (aceleración y transformación socio-económica, capitalismo, burocracia, inadaptación de la enseñanza, crisis de la adolescencia, etc.) o sea las causas tradicionales, no llegarían, en la medida en que sufren una ampliación tan violenta como la actual, a producir otros efectos y si, cómo ocurre en física, un cambio cuantitativo no provocaría otro cualitativo; si el gigantismo numérico, en suma, no traería consigo la necesidad de revisar de arriba a abajo y poner en tela de juicio la jerarquía de los problemas humanos.

En la sociedad estable de los últimos siglos se llegaba normalmente a un concepto cronológico de la jerarquía de los papeles: el conocimiento se veía madurado por la experiencia y las responsabilidades se desprendían normalmente del hecho de ir envejeciendo.

Pero ahora tenemos que se llega a la eliminación del binomio «conocimientos y experiencias» para reemplazarlo por el binomio «conocimientos y espíritu creativo» tanto en política

como en ciencias, medicina y técnica; la juventud del mundo y su evolución da la prioridad al invento, a la innovación y a las soluciones nuevas, hasta el punto de que casi se podría decir que la experiencia del pasado constituye un «handicap» para el adulto contemporáneo, parecido a ese «fumador que conserva cuidadosamente las cerillas que han salido buenas».

En este mundo en que la eficacia se sitúa cada vez más entre los 25 y los 40 años y en que las «nuevas olas» enarbolan sus inventos en casi todas las disciplinas, nos va a ser necesario revolucionar las relaciones humanas y encontrar, para los que tienen más de 50 años, la posibilidad de replegarse a las funciones de continuidad y de cumplimiento a largo plazo.

En los países en que la juventud es numéricamente muy importante, tales problemas ya no se pueden considerar como problemas de minoría; pero lo que complica considerablemente el análisis es que las transformaciones numéricas van acompañadas de transformaciones biológicas, sociológicas y probablemente hasta de una transformación de las estructuras mentales.

Alteraciones de la función social de la juventud. — En las generaciones que nos han precedido, el paso de la infancia a la edad adulta se hacía en cuestión de meses; ahora exige un plazo de más de 10 años. Esta larga adolescencia permite a los jóvenes hacer frente a sistemas normativos diferentes y muy contradictorios que todos ellos tienen por fuerza que experimentar antes de componerse una moral autónoma. El estiramiento provoca asimismo una prolongación de todo lo indeciso e indeterminado que hay en su manera de pensar, así como en la facultad de soñar el mundo como les place y vivir llenos de pensamientos poco reales.

Hace una o dos generaciones, la enorme mayoría de los chicos de quince años habían elegido ya la carrera u oficio que querían seguir; hoy en día hay muchos «adolescentes» de 25 años que no se han decidido por nada todavía. Al terminar la enseñanza secundaria, el 26 % de los chicos y el 50 % de las chicas no saben por qué oficio optar. Este retraso en el acceso a la autonomía social produce un número cada vez más considerable de parejas jóvenes, algunas con hijos,

SIGUE A LA VUELTA

Participar de los beneficios pero no de la producción

que viven únicamente del dinero que les pasan sus padres.

Paul Sivadon, profesor de la Universidad de Bruselas y, entre otras cosas, Presidente de la Liga Europea de Higiene Mental, se refiere a esa prolongación del período de la adolescencia diciendo que si bien la medicina y la higiene prolongan la vida del hombre, dan al mismo tiempo a los jóvenes una altura mayor, una fuerza física generalmente superior y, sobre todo, una pubertad más precoz. Pero de una manera contradictoria, mientras los jóvenes llegan más pronto que antes a la plena posesión de sus funciones biológicas de adultos, su autonomía como tales se ve cada vez más postergada.

Dice el Profesor Sivadon: «Siempre ha habido oposición entre las generaciones, revueltas entre los estudiantes y violencias por parte de algunos grupos de jóvenes; pero ahora el estudiante ya no es la excepción, sino la regla, y cuando los jóvenes se hacen tan numerosos como los adultos, ya no son solamente adultos en potencia, y «si los adultos no se ponen en guardia, son ellos los que pronto entrarán en la decadencia (1)».

En los años venideros, el problema amenaza ser el de la inadaptación de los adultos a la sociedad contemporánea. Complicando todavía más el fenómeno, el Profesor Sivadon señala que asistimos a una nueva mutación fundamental de la especie humana: la neotenia es el poder de reproducción acordado en otros tiempos a un antropoide de carácter fetal; es el pasaje a la función de adulto reproductor de un individuo de estructura infantil.

Pero ahora no nos queda otro remedio que reconocer una cosa: el joven desarrolla sus apetitos fisiológicos en un período de desarrollo físico acelerado que no encaja en absoluto con su desarrollo afectivo, moral e intelectual, en franco retraso frente al físico. Nuestras sociedades corren el riesgo de verse compuestas dentro de poco tiempo por una mayoría de individuos con cuerpo de hombres y cerebro de niños; el joven de nuestros días es un producto neoténico hecho ya para otro mundo que mañana hará suyo y que el adulto no puede comprender.

La situación global de una sociedad semejante se ve agravada por el hecho que ese joven no tiene necesidad de esa matriz social que es el medio familiar hasta los cinco o seis años de edad, sino hasta los quince o los veinte. El papel de los padres, en consecuencia, se intensifica y toma otras proporciones.

En otros tiempos, los jóvenes se formaban frecuentemente la personalidad por indentificación con el padre y la madre; hoy se la forman por indentificación con los camaradas y con los

prototipos que convierten en ídolos, ya que la fuente de seguridad con que contaban ha desaparecido al renunciar los padres a su papel.

Los padres de mi generación hacían todo lo posible por comprender a sus hijos y transformarse en compañeros y confidentes de éstos. Sivadon nos dice ahora que esos padres-compañeros ya no tienen razón de ser: «más vale entonces dirigirse a los camaradas verdaderos». Tenemos entonces que interpretar el papel de padres de otra manera, aunque más no sea «para proporcionar los puntos de resistencia gracias a los cuales el joven puede levantar el vuelo»; y hacerlo por oposición y personalización, esta última tanto más indispensable cuanto que los jóvenes de hoy día crecen ya no solamente para separarse de sus padres, sino para abordar un mundo al que no tendrán acceso los adultos que lo han construido.

A estas alteraciones biológicas se agregan alteraciones de la función social de la juventud. Si nos atenemos a lo que dice Sigmund Bauman, hay que hablar hasta de una ausencia de función social de la juventud (1).

Bauman, eminente profesor de Varsovia, cuyas publicaciones conocen bien los medios especializados del Occidente, señala a su vez la falta de adecuación entre el desarrollo biológico, la madurez fisiológica y el acceso a una función en la sociedad a cuyas responsabilidades los jóvenes no acceden sino mucho más tarde; mientras tanto tienen plena conciencia de participar en la redistribución de beneficios (que es su derecho) sin participar en la producción (que sería su deber).

El período de los derechos y de la vida marginal se prolonga en detrimento del período de los deberes y de la eficacia. Nuestra sociedad no ha previsto una función que vaya progresando con la edad; no hay ritos de paso de un período a otro. El de la adolescencia es un *no man's land* mal definido en que los jóvenes deben liberarse frente a la familia, acceder a la heterosexualidad, encontrar su vocación, preparar su hogar futuro, y todo ello mientras prolongan su infancia sin que haya verdadera progresión hacia la edad adulta, y sin que dejen de depender de la ayuda financiera de sus padres y de todos los servicios que estos puedan prestarles. Son infantes embalsamados desde el punto de vista socio-cultural, aunque bien vivos en

otros sentidos. August B. Hollingshead, distinguido profesor norteamericano, dice, en un estado de ánimo similar al de sus colegas: «Los componentes de ese grupo en formación han perdido las funciones que tenían en nuestra cultura (1)».

Bajo la acción de factores contradictorios —culturales, educativos, sociales,— y sobre todo en razón de la distancia que hay entre el comportamiento real y el ideal pedagógico, tenemos como resultado una serie de neurosis, privaciones y desilusiones que en unos producen una agresividad mayor, en otros una apatía total y en muchos una fuga de la realidad. Todo esto ha tomado completamente desprevenidos a padres y maestros.

También en Polonia, dice Bauman, se comprueba, como consecuencia de todo ello, un activismo idealista de los estudiantes y una manera de tomar posiciones desde el punto de vista social que están en oposición con el egocentrismo y el instinto de defensa de los jóvenes obreros que, por su parte, tienden a la creación de un universo particular compuesto de elementos seguros y estables (trátase tanto de objetos como de valores morales).

No se puede permanecer indiferente frente a los análisis de Sivadon (una vez de París y de Bruselas), de Bauman (una de Varsovia) y de Hollingshead (una de los Estados Unidos de América), cuyos análisis llegan, por caminos diferentes, a resultantes morales sobre la constatación de que el joven debe entrar en una variedad de papeles, y por consiguiente de actitudes y de opiniones, siendo siempre un mismo hombre, y que ello lo libra a contradicciones internas de las cuales surge la noción de relatividad de los valores adquiridos; toda regla o prohibición son relativas. De ahí resulta una amenaza permanente de desintegración estructural o cultural, y con ella el rechazo, el miedo y la ansiedad.

Si a esto se agrega la constatación —fácilmente verificable— de que el número de años que los jóvenes pasan en la Universidad se va prolongando, que entre un gran número de los más inteligentes se multiplican los títulos y diplomas y las funciones paralelas a la investigación antes de aceptar finalmente las responsabilidades del adulto, se puede ver en ello una fuente de angustias. En cada una de nuestras grandes universidades hay varias decenas, entre las mentes más brillantes de 25 a 30 años, que se niegan, no a dejar su juventud, sino a dedicarse a las funciones propias de los adultos.

(1) «Algunos problemas de la educación contemporánea» en la Revista Internacional de Ciencias Sociales, Año XIX, No. 3, 1967, Unesco.

(1) En su «Estudio sobre la juventud de la ciudad de Elm» (Estados Unidos).



Foto RCA - Car Byovl and Associates

¿Como hará el individuo para salir de los subterráneos de la ciudad de consumo, donde no se siente existir sino es en términos de rentabilidad? Bajo la regla de la «automación» y de las computadoras —asombrosos factores de progreso material— la juventud se entrega a una nueva forma de esclavitud.



Foto © Elie Kagan - Gamma

JUVENTUD IRACUNDA (cont.)

La sociedad de consumo y el análisis de Marcuse

Características de la sociedad contemporánea. — Hay que tener en cuenta que la sociedad europea ha sufrido, a partir de la década pasada, una mutación profunda; esta mutación ha empezado a afirmarse a partir de 1960. Antes de 1950 reinaba en ella otra manera de pensar. «El hombre» se definía por la actividad productora o estética.

Pese a oposiciones que pretendían ser radicales, había una forma de consenso, y todo el mundo estaba de acuerdo en atribuir al trabajo, a los oficios, a la actividad, un valor ético al mismo tiempo que una importancia práctica considerable. Muchos esperaban realizarse en su profesión. Otros atribuían al trabajo manual el origen de la dignidad humana, dignidad en la que la clase obrera encontraba elementos de su conciencia de clase, teniendo por meta la reorganización de la sociedad en función del doble aspecto del trabajo: el de la promoción social por un lado y de la planificación económica por el otro.

Hoy en día hay que reconocer forzosamente que esos valores no han desaparecido, pero sí que se han esfumado considerablemente. Lo que aparece ahora en primer plano es un conjunto de ideas y maneras de ver y de sentir inspiradas por el hecho del consumo. Hay actualmente una

ideología del consumo, puesto que de éste extraen individuos y grupos su realidad, así como encuentran en él sus perspectivas. Ya no se nos propone la imagen del hombre productor, sino la del consumidor.

La sociedad industrial. — Es interesante constatar que los sociólogos no se han puesto de acuerdo para caracterizar a esa sociedad dándole un nombre determinado. Todos ellos nos proponen un surtido de denominaciones. Hay quienes hablan, por ejemplo, de la sociedad industrial.

La expresión no es inexacta, puesto que con ella se caracteriza el creciente predominio de la industria sobre la agricultura. Uno puede preguntarse si hay una o varias sociedades industriales. Se puede encontrar a la vez muchos argumentos en favor de la «mundialización» de la industria, y muchos otros en favor de la diferenciación cada vez mayor de los países y sectores de la industria moderna. No sabemos si el proceso mundial de la industrialización va a producir en todas partes el mismo tipo de sociedad; se habla ya de una sociedad post-industrial.

Y no hay que olvidar tampoco el problema del tercer mundo, es decir, de los países en los que predomina la agricultura. Una organización intensiva, que llegue a explotar el 100% de las

potencialidades, nos conduciría a la hipótesis de Mao-Tse-Tung, que es la de una ciudad mundial situada casi toda en el hemisferio norte y rodeada por un campo mundial, hipótesis que nadie está todavía en condiciones de refutar.

La sociedad técnica. — Otros hablan de una sociedad técnica, vale decir, que definen la sociedad por la técnica. Es incontestable que los hechos técnicos tienen una importancia cada vez mayor. La técnica nos ha marcado jalones, aunque no tengamos plena conciencia de ello. Esta ideología de la técnica constituye un desafío de los países de diferentes regímenes económicos y culmina en la carrera armamentista y la permanente depreciación de las maquinarias.

El fenómeno urbano. — El fenómeno urbano parece, en cualquier sentido, más importante que el fenómeno técnico; la técnica entra en la sociedad por las ciudades, y por ello los fenómenos urbanos vendrían a ser los verdaderos problemas técnicos. La creciente importancia de la técnica exige un apoyo social, la presencia de uno o de varios grupos para los cuales la técnica se ha transformado en una verdadera ideología y que tratan de construirse en clase: los tecnócratas.

Teóricos de la abundancia. — Lo mismo puede decirse del paso de la

En la Facultad de Medicina de París, como en tantas otras, los «comités de acción» lo discuten y revisan todo.

carestía a la abundancia. Pero hay que convenir en que subsisten importantes islotes de pobreza; hasta es posible observar un nuevo tipo de ésta. Una vez satisfechas las necesidades más elementales, se acusan otros tipos de carencias, especialmente en materia socio-cultural.

Fuera de ello, aunque en otros tiempos el pan escaseara, el espacio abundaba. Hoy día, sobre todo en el medio urbano, se sufre de falta de espacio y también de tiempo, como lo pone de relieve el estudio internacional presupuesto-tiempo-trabajo-vacaciones.

Teóricos de la sociedad del ocio placentero. — Estos últimos se basan en hechos exactos pero con los que juegan arbitrariamente. Algunos de esos hechos son incontestables, como el de que el tiempo dedicado al ocio (vacaciones, *week-ends*, etc.) tiene un papel considerable en la sociedad en que vivimos.

Pero un análisis preciso del tiempo lleva a distinguir el que se dedica al trabajo del tiempo libre (dedicado al ocio) y también del que hay perder forzosamente (en ir de un sitio a otro y cumplir con esas formalidades de todo orden que exige una sociedad cada vez más burocratizada). Este tiempo perdido a la fuerza es una consecuencia de la forma en que se han extendido las ciudades, o sea de la disociación entre los lugares de trabajo, de residencia y de vacaciones o descanso. Y uno llega a darse cuenta con asombro de que, aunque disminuya el tiempo dedicado al trabajo, el tiempo de que se dispone para el placer o el descanso no aumenta: el que aumenta es ese tiempo perdido en gestiones e ideas y venidas.

La sociedad de consumo. — ¿Cabe hablar de una sociedad de consumo? Sin duda alguna. Pero si se habla de ella, hay que hacerlo con ciertas precisiones. No se trata únicamente de

constatar que en los países industriales de nuestros días los teóricos del consumo insisten en que si la producción no se orientaba antes a la satisfacción de la demanda o de la necesidad es porque los industriales no conocían esa necesidad, o en otras palabras, no sabían con qué clase de mercado podían contar.

Hoy en día, por el contrario, los que organizan la producción han explorado a fondo esos mercados y conocen, no solamente la demanda del consumidor, sino hasta los deseos secretos de éste. La teoría levanta objeciones. Hay, efectivamente, muchas encuestas y estudios del mercado, de las motivaciones del comprador y *tutti quanti*, pero es fácil comprobar, de todas maneras, que se hace hincapié casi exclusivamente en las necesidades individuales, y que las de orden social se han dejado de lado, lo cual no deja de ser curioso.

En las nuevas urbanizaciones, por ejemplo, todo lo relativo a las necesidades de orden social se deja de lado. Asistimos en realidad a una fabricación de necesidades por parte de los que tienen en sus manos los medios de producción y ello, con el apoyo de la publicidad que modela esas necesidades nuevas, les da forma y atractivo. Así se llega al hecho categórico de que los que manejan las riendas de la producción manejan de la misma manera las condiciones del consumo.

En realidad, no hay planificación directa de la producción, sino planificación indirecta, que es más equívoca. Por todos lados ve uno una actividad frenética de mil oficinas o agencias dedicadas al estudio del mercado que preparan, prevén, organizan el consumo e influyen pesadamente en nuestra vida cotidiana, que se ve recordada y manejada en la forma que mejor conviene a la producción, Henri Lefèbvre propone esta definición de la sociedad actual: Sociedad burocrática de consumo dirigido.

Contrariamente a lo que se esperaba hace algunas decenas de años, las relaciones de producción se han esfumado de la conciencia y del cen-

tro de las actividades sociales. El consumo no establece relaciones entre los individuos; el consumo es un acto solitario.

El análisis de Marcuse. — Cuando Marcuse analiza causas y efectos de esta sociedad, declara que la sociedad industrial está dominada por la técnica o tecnología, que se ha convertido «en un poder en sí, tanto más temible cuanto que actúa en el hombre y contra el hombre para hacer de él un hombre mutilado, de una sola dimensión». Mientras que el objeto de la organización social es «el advenimiento de una existencia humana en una Naturaleza humanizada» vivimos y morimos, por el contrario, «bajo el signo del racionalismo y de la producción» que nos mutilan definitiva y totalmente.

La burocracia, la administración, las planificaciones, el aparato de los partidos, todo ello está obnubilado por la prioridad absoluta que se da a la producción. «Se hacen cacerolas para cocinar sopa y sopa para llenar las cacerolas». En esta voluntad de bienestar (*welfare*) las grandes reivindicaciones son únicamente cuantitativas, no cualitativas. Se ha llevado al hombre a preferir el más tener al más ser, a dar la primacía al nivel de vida por sobre la clase de vida que se hace. De esta manera, tanto en el régimen comunista como en el régimen capitalista, hay «el mismo choque de la industria moderna con el poder». El hombre tiene un valor puramente instrumental.

La administración de las cosas reemplaza al gobierno de las personas, y llegamos simultáneamente a lo racional y a lo absurdo al «vender refugios antiatómicos dotados de todo el confort moderno». Hay que reinventar el arte de vivir, dice Marcuse; hay que revolverse contra el totalitarismo de la razón tecnocrática: y reinventar también la flor y el amor. Hay que rechazar la sico-sociología que «se propone cuidar al individuo para que pueda seguir funcionando como parte de una civilización enferma» y «que transforma nuestra pena histórica en infortunio banal» (Freud).

El levantamiento estudiantil

La tiranía que sufre el hombre en nuestra sociedad industrial, que llamamos democrática, es tan total, enajenante y deshumanizadora como la peor de las dictaduras.

Los estudiantes de ciencias humanas han popularizado esas ideas, negándose a que se los lleve a la condición de cosas, no de seres, y proclamando su voluntad de no integrarse en una sociedad en la que serían a la vez masificadores y masificados, manipuladores y manipulados.

Mi intención era hacer aquí la his-

toria de la revuelta estudiantil país por país; pero luego de haber reunido toda la documentación correspondiente, me he dado cuenta de la enormidad e inutilidad de un trabajo semejante; tengo la plena convicción de que el malestar e inquietud de los jóvenes es un fenómeno verdaderamente mundial y que sólo varían, según las contingencias nacionales, las expresiones del mismo.

El estudio comparado de los sistemas europeos de gestión universitaria sería también útil en la medida en que podría aclarar esas contingencias

mostrando la diferencia de evolución y de tradición en nuestros distintos países por lo que respecta a la realización legal, reglamentaria y cotidiana del *Consortium magistrorum scholariumque*.

En un lado los estudiantes reclaman reformas que ya están en vigencia en otro desde hace largo tiempo.

Para citar un ejemplo, hace ya tiempo que los estudiantes de Oslo dirigen la biblioteca, la publicación de los cursos, el *restaurant*, la ciudad universitaria, y que toman parte en las



Una democracia de "participación directa"

deliberaciones de los consejos de las Facultades. Un colega noruego me hacía notar hace poco que en Oslo los estudiantes tenían tendencia a protestar y manifestarse en contra de la burocracia de los estudiantes encargados de todos esos servicios.

Pero estos exámenes tienen que llevarnos, por lo demás, a disociar las situaciones escandinavas, que tendemos a englobar con demasiada facilidad. Están, por ejemplo, las violencias danesas, tan frecuentes que llegaron a suscitar un importante debate parlamentario el 15 de mayo pasado. En el curso de ese debate, el Ministro de Justicia proporcionó las siguientes cifras: desde el 1.º de enero 1965 se organizaron y anunciaron, siguiendo el procedimiento regular, 137 demostraciones callejeras, 85 de ellas frente a embajadas extranjeras; en 11 casos la policía tuvo que intervenir por la fuerza. El Ministro suministró esta estadística como ejemplo de razón y de moderación. La gran mayoría de esas demostraciones —en todo caso las realizadas ante las Embajadas extranjeras— están organizadas por agrupaciones estudiantiles.

En ocasión de las últimas manifestaciones violentas en la Universidad de Copenhague, el rector M. Mogens Fog definió en la siguiente forma el proceso por el que se llega a tales manifestaciones:

«Hay, sin duda alguna, una parte de contagio psicológico en los temperamentos emotivos. Pero a mi modo de ver, lo que hay en el fondo de esos movimientos es un conflicto social más profundo.»

«El ciudadano atrapado en la complicada maquinaria de nuestra sociedad moderna se siente demasiado ajeno y demasiado lejos de los procedimientos de decisión. Esto se puede aplicar tanto al mundo occidental como al oriental, y es tan verdad en un caso como en otro. En el fondo de las demostraciones de los estudiantes se encuentra siempre insatisfacción con respecto a las formas de enseñanza. Pero a ello se agrega lo que se llama ahora con tanta frecuencia un sentimiento de «frustración».

Tales estudios destacarían la situación privilegiada de Gran Bretaña, donde la autonomía de las Universidades es de tradición secular, donde el sistema de becas resulta particularmente eficaz, y donde, aunque el número de estudiantes admitidos en las Universidades sea mucho más reducido que en los demás países, el porcentaje de los que terminan sus estudios con un título es también muy superior al de otras partes.

Cabe distinguir claramente también las actitudes de la clase obrera en Francia y en la República Federal de

Alemania. En la primera, pese al freno de las maquinarias sindicales y políticas, salta a la vista que el detonador estudiante tuvo el efecto pasmoso que todos conocen por la simpatía con que lo vió en principio la opinión pública y por la forma en que la masa obrera no sindicada sobrepasó en su reacción a los sindicatos; en Alemania, por el contrario, los estudiantes son objeto de una reprobación inmovible por parte de la opinión pública en general y de la clase obrera en particular.

Y hay que tener en cuenta por otra parte la situación italiana, que está entre las más explosivas por darse allí un factor de expansión demográfica de la población universitaria que supera cualquier otra situación europea, junto a un factor de tradición universitaria rígida: la más rígida de todas, la más sometida a los «grandes patrones» y a los mandarines.

A fin de desnacionalizar el análisis, tendiendo de ese modo a la objetividad, y a fin también de mostrar que se trata, bajo expresiones diversas, de una inquietud de dimensiones planetarias, recomiendo la lectura de la revista publicada por el U.S. Information Service con el nombre de «Dialogue» y cuyo primer número tiene como tema *Ferment in the University*. En ese número hay un artículo muy importante firmado por Clark Kerr, que en el momento de aparecer la revista era Presidente de la Universidad de California. En otro artículo, *The Alienated Generation*, de M. R. Killingsworth, leemos estas líneas que cabe aplicar igualmente a toda Europa:

«Como ciudadanos, muchos de los que protestan comprueban la hipocresía de una sociedad que permite el uso de las bombas de *napalm* pero no de la marihuana, y cuyos gobernantes les parecen incapaces de comprender o resolver toda la gama de problemas que va de la existencia de los *ghettos* a la guerra del Vietnam.»

«Como estudiantes, ven un sistema educativo burocrático en que los profesores se apartan de ellos y no demuestran el menos interés por conocerlos, en que los administradores no escuchan nunca en serio sus ideas de reformas (alojamiento, problemas académicos, problemas internos, actividades de los estudiantes) ni tampoco consideran los problemas que los afectan fundamentalmente; y ven también que en clase se espera de ellos, no que participen, sino únicamente que escuchen.»

«Como trabajadores del futuro, ven enormes corporaciones industriales y sindicales que cínicamente manipulan al pueblo y le quitan su personalidad en vez de liberarlo y procurarle un trabajo interesante, apelando a su espíritu de iniciativa.»

«Una sociedad semejante, piensan muchos de los que protestan, no puede satisfacer verdaderamente —o reconocer siquiera— las esperanzas y los talentos del individuo. Muchos reclaman una democracia directa —*participatory democracy*— en que los ciudadanos participen lo más directamente posible en las decisiones que los afectan, se trate de su educación, de su trabajo o de la política de su gobierno.»

El autor sigue precisando su deseo de no ver a los estudiantes transformarse en tantas otras tarjetas de una máquina IBM y apoya el parecer del alcalde de Nueva York, John V. Lindsay, que en 1966 declaraba que las revueltas estudiantiles de Berkeley y las insurrecciones de los negros de Watts tenían en común un mismo sentimiento de impotencia y de aislamiento.

Las palabras clave son autonomía, autodirección, discusión abierta, o sea lo que en francés se llama «*contestation*». La autonomía es una reclamación que se hace esencialmente contra el Estado centralizador y burocrático, y la reivindicación de una nueva dignidad humana.

Muchas Universidades de la Edad Media eran ya autónomas, y muchas lo son ahora en los Estados Unidos de América y en el Reino Unido. La autonomía permitiría la instauración de estructuras abiertas, una elasticidad más grande en el sentido de satisfacer las necesidades regionales o locales, en el de inventar nuevas formas de enseñanza y de integrar la que se practica en las facultades, cuya división en compartimentos no responde ya a las necesidades de investigaciones o estudios en que las diversas disciplinas se hacen cada vez más interdependientes.

Pero, desde el momento en que se apela al Estado, se apela a las finanzas de éste. Por consiguiente, el obstáculo residirá durante mucho tiempo en el control que pueda hacerse de la utilización de los dineros públicos y su repartición.

Aquí llega el momento de plantear el problema importante. La autonomía lleva, sin duda alguna, a la dignidad y a la responsabilidad, pero puede llevar también a cierta dispersión. Los políticos deben preocuparse por reflexionar en las ventajas que puede haber en dejar que Lieja, Roma o Munich resuelvan sus problemas en función de las necesidades universitarias de Lieja, Roma o Munich, y reflexionar también en los inconvenientes y peligros que puede haber en limitarse a soluciones fragmentarias diversificadas y a veces opuestas en un momento en que el mismo interés de los universitarios está en



Foto © Jacques Winderberger - Atlas Photo

Los problemas de los obreros no son menos graves que los de los estudiantes: horarios y condiciones de trabajo, salarios. ¿Y qué decir de los que tienen los jóvenes agricultores en tantos sitios del mundo?

desembocar en la internacionalización, oficialmente reconocida, del nivel y grado al que hayan accedido si quieren obtener algún día el *effectus civilis* de sus títulos dentro de Europa en general.

Por mi parte, creo profundamente que hay que encarar de dos maneras el estudio de este problema, y que una de las funciones de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa debe ser la de encaminar los estudios actuales a la adopción de medidas análogas, cuando no idénticas, y autónomas y paralelas a la vez.

La «autogestión» no es una idea nueva; hace cuatro siglos los estudiantes de Salamanca habían logrado ya esta unidad de maestros y discípulos. Son muchas las universidades norteamericanas que tienen un «deán de estudiantes». No me corresponde juzgar esta autodirección, en economía, según lo que digan los informes sobre la producción; pero sí puedo juzgar, en el plano educativo y cultural, las grandes experiencias yugoeslavas que he podido seguir y que llevan a los hombres —a cada hombre, ya que su empresa es su propia responsabilidad— no solamente a sentirse responsable, sino también a poner en juego todo lo necesario para elevarse cada día más al nivel de sus responsabilidades. El trabajador, sea cual sea el nivel en que actúa, está obligado a «cargar sus baterías» permanentemente y a sobrepasarse.

La controversia se dispara simultáneamente sobre la sociedad de consu-

no que he descrito y sobre la universidad. Por lo que respecta a ésta, los jóvenes proscriben el uso del curso *ex-cathedra*, que es necesario reemplazar por el diálogo y el grupo; rechazan el sistema de exámenes por el cual, según cómo se sienta y según el número de las preguntas, un desconocido arroja a millares de jóvenes a las tinieblas de fuera o los hace avanzar en su carrera.

Esos jóvenes rechazan igualmente el gigantismo de las materias del programa y saben que muchas «verdades» que se les enseñan ya han dejado de serlo; saben que el conocimiento es perecedero y que los títulos universitarios están destinados también a perder su valor; por eso reclaman una universidad crítica en que las conferencias paralelas y el contenido de los cursos sea objeto de análisis, y ponen en duda el saber mismo, «que no es ya una idea fundamental que uno adquiere, sino una conquista que progresa, que sufre mutaciones y se va desarrollando por el ejercicio mismo de la controversia».

Los estudiantes saben que su vida no se divide ya en dos partes: una en que tienen que atiborrarse de conocimientos y técnicas y otra en que tienen que aplicar ambas cosas; saben que entran a una sociedad donde el mejor informado, el mejor preparado, puede quedarse atrás en su especialidad en cualquier momento, y que nada hay de más peligroso que ser un hiperespecialista y basta.

Todos ellos han oído decir a Robert

Oppenheimer que los científicos de sesenta años no pueden llevar a cabo sus estudios o sus investigaciones sino sobre descubrimientos que se han hecho luego de haber dejado ellos la Universidad. Dichos estudiantes saben además que ésta cobra una importancia nunca alcanzada y no medida por los adultos y los viejos en el sentido de que, durante toda su vida de hombres, ya no podrán dejarla. Están condenados a la civilización del estudio permanente, de la permanente puesta al día, del ajuste incesante.

Por consiguiente, aunque la Universidad no tuviera sino diez años de atraso, fracasaría. Es la sal que se hace insípida; la verdad oculta como una lámpara bajo un sombrero de copa; el quinqué de petróleo para chicos y chicos que tendrán 50 años en el 2000. Porque la Universidad, por su pesadez, sus limitaciones, sus métodos, por la idea errónea que sigue haciéndose de que en el curso de cuatro, cinco o siete años debe «cargar una batería» para toda una carrera, no está al día; hasta cabe preguntarse si no será ya imposible renovarla, reformarla. Lo que le hace falta es un injerto de corazón, si no de cerebro.

No me anima aquí otro propósito que el de intentar dar una dimensión extra, amplísima y esencial a la controversia planteada actualmente; la refundición de la Universidad es cosa que interesa a la sociedad entera porque los que asisten ahora a ella, los profesionales de mañana, están conde-

por Alexandre Gorbovsky

Hay quienes sostienen que la juventud de hoy tiende a las posturas extremistas, y quienes la ven como una masa pasiva e indiferente. Unos hablan del idealismo de los jóvenes, de su enorme deseo de hacerse útiles, y otros los consideran cínicos y escépticos.

Lo curioso es que tanto las encuestas de carácter sociológico como las consultas públicas entre grupos representativos de cada colectividad han producido estadísticas convincentes en apoyo de puntos de vista tan diametralmente opuestos como éstos. ¿A quién puede extrañarle entonces que se diga que la juventud, considerada como una entidad aparte, no existe? Pero por otra parte ¿hasta dónde puede considerarse cierta esta aseveración? En otras palabras: ¿tienen más fuerza los vínculos horizontales, que unen a los jóvenes con gentes de su misma edad, o los verticales, que los unen con la generación precedente?

En la sociedad tradicional los vínculos verticales eran los más fuertes. El hijo de un comerciante rico era comerciante como su padre, y el de un labrador, labrador en embrión desde el día de su nacimiento. Prácticamente no había manera de escapar a jerarquías impuestas tanto por la sociedad como por el individuo en sí.

El que las cosas hayan variado y que la solidaridad entre los jóvenes trascienda frecuentemente las barreras nacionales, religiosas y hasta sociales, se debe a un proceso tan largo como penoso, proceso que ha necesitado para cumplirse el paso de varias generaciones. Iniciado por los jóvenes que, en números cada vez mayores, empezaron a dejar sus hogares, este proceso culmina precisamente en el momento actual, en que la juventud pasa de la rebeldía individual contra la familia a la acción colectiva y organizada.

Para comprender bien lo que hay tras esta sublevación de la juventud es necesario que nos detengamos por un momento en los cambios registrados en lo que podríamos llamar «ideal social». Antes lo que más les importaba a los jóvenes eran las cosas materiales, mientras que ahora cobran mayor relieve otros valores. Desde hace algún tiempo se observa entre ellos una tendencia cada vez más

acusada a buscar puestos más por las posibilidades creadoras que les ofrezcan que por el sueldo que puedan ganar en ellos.

En Rostov sobre el Don se distribuyó hace poco un cuestionario entre 2.586 estudiantes para determinar por qué habían elegido su profesión y no otra cualquiera. La gran mayoría de ellos contestó: «Porque es creadora.» Sólo 11 de ellos dijeron: «Porque está bien remunerada.» Y esta no es una actitud que se limita a los estudiantes: otras encuestas recientes han mostrado que, en conjunto, la juventud soviética piensa en la misma forma, como piensa también la de muchos otros países.

Cada vez con mayor firmeza, la generación más joven se va convenciendo de que el dinero no puede comprarlo todo y que no es lo único que vale la pena. En «She's Leaving Home», una canción de los Beatles, se subraya esta idea hablando de una chica que un buen día deja para siempre el hogar paterno sumiendo en la perplejidad a sus padres, que «le dieron todo cuanto el dinero puede procurar».

Consideradas desde este punto de vista, la agitación de los estudiantes, la sublevación contra la generación mayor y la aparición de los *beatniks*, los *hippies*, los *provos* y otros grupos de protesta pueden considerarse todas parte de un mismo proceso de cambio en los valores establecidos.

El fenómeno parece tener dos grupos de causas: unas objetivas y otras subjetivas. Todos los países afectados por revueltas estudiantiles el año pasado tienen una cosa en común: la concentración de puestos y autoridad en manos de la gente madura mientras los jóvenes, en la mayor parte de los casos, carecen de una y otra cosa. Tampoco tienen voz ni voto en las cuestiones cívicas o sociales.

En cuanto se refiere al empleo, la revolución técnica y la «automación» traen por resultado lo que los sociólogos llaman «despoblación de las fábricas». Un joven que sale a conquistar el mundo descubre casi siempre que no hay vacantes esperándolo. La creación de puestos nuevos no sigue un ritmo de aumento parecido al de los aspirantes, y aunque los gerentes y directores de compañías acogen con entusiasmo la idea de emplear a los jóvenes, éstos siguen integrando el porcentaje más alto de desocupados.

La juventud, por otra parte, quiere participar efectivamente en la vida política. En muchos países se tiene derecho al voto a los 21 años. Excepciones: el Brasil, Israel, el Uruguay y la Unión Soviética, donde se puede votar a los 18, y el Japón y Suiza,

donde se puede hacerlo a los 20. La tradición de que los jóvenes llegan a la mayoría de edad a los 21 años se remonta a las épocas del rey Arturo y de Ricardo Corazón de León, en que un hombre se armaba caballero a esa edad. La situación va mucho más en contra de lo que aconseja el sentido común en estos momentos en que los jóvenes maduran más temprano de lo que solían hacerlo.

Se da muy poca oportunidad a la juventud de expresar sus puntos de vista sobre las normas públicas a adoptarse, o sobre las leyes nuevas. En muchos países, el no tener la edad o las calificaciones académicas obligatorias para un miembro del parlamento dan por resultado el que muchos candidatos se vean excluidos de la legislatura nacional. Pero como los jóvenes representan actualmente la cuarta parte de la población del mundo, ¿por qué no habrían de verse mejor representados en los cuerpos legislativos de éste y opinar efectivamente sobre los problemas de su país, y especialmente sobre las decisiones que los afectan como grupo? En la mayor parte de los países, un candidato al parlamento debe tener por lo menos 25 años, y uno al Senado, entre 30 y 35.

En la Unión Soviética la edad mínima para los miembros de las legislaturas locales, así como para los de las legislaturas de las diferentes repúblicas que la forman y los de la legislatura nacional («Soviet» supremo) es, respectivamente, de 18, 21 y 25 años. En estos momentos se estudia una propuesta según la cual del 30 al 35% de los «soviets» locales estarían constituidos por diputados de 18 a 30 años de edad, ya que cerca de la mitad de la población de la Unión Soviética está formada por ciudadanos de menos de 30 años.

Las causas subjetivas de la impaciencia de los jóvenes con el actual estado de cosas tienen que ver con varias de las características psicológicas de la juventud de todos los tiempos. Hace más de 2.000 años dijo Aristóteles: «Todos sus errores se deben a la forma de exagerar cuanto hacen y a la pasión con que lo hacen. Todo lo que hacen los jóvenes lo hacen con exceso: quieren con exceso, odian con exceso, y lo mismo ocurre con todos sus actos.» Recordándolas y pensando al mismo tiempo en mucho de lo que ocurre en nuestro mundo, quizá haya más verdad todavía en esas palabras ahora que cuando el gran filósofo griego las dijo hace veinte siglos.

Pero esa exuberancia afectiva de la juventud tiene un aspecto positivo y

ALEXANDRE GORBOVSKY, sociólogo y autor de numerosas obras de su especialidad, dirige en el Instituto del Movimiento Mundial de Trabajadores de Moscú un grupo de científicos que estudian las características psicológicas de los intelectuales dentro del marco de un vasto programa sobre el porvenir de estos últimos.

DEL RECHAZO Y EL ENTUSIASMO

uno negativo: lo negro no es sencillamente negro, sino «lo más negro»; lo que brilla es «radiante». Eso hace que tanto las situaciones positivas como las negativas provoquen reacciones tan fuertes por parte de los jóvenes.

La juventud soviética no es ninguna excepción en ese sentido. Aunque acepte como suyos los valores generales de la sociedad, rechaza vigorosamente, por otra parte, todo lo que considera equivocado, anticuado y burocrático. Con respecto a las cosas con las que no están de acuerdo, los jóvenes soviéticos son mucho más vehementes en la expresión de su repulsa que la generación que los precediera, y cuanto más cultos e instruidos son, más se agudiza su sentido crítico.

Esto, como se comprenderá, no significa que aumentar el número de gentes cultas signifique automáticamente introducir en la sociedad un elemento negativo más fuerte. La instrucción eleva el nivel intelectual de la sociedad en conjunto y hace que la gente aspire a cánones más altos y espere más de los otros.

La crítica acerba de la juventud no se para en lo que los rodea; también se aplica con la mayor severidad a ella misma. A la pregunta que plantearan los sociólogos en la Unión Soviética: «¿Les gusta a Vds. su generación?», los jóvenes intelectuales fueron los que dieron la proporción más elevada de respuestas negativas.

Las dificultades y problemas que los jóvenes tienen que resolver por sí solos explican en parte esta actitud. Uno de esos problemas es el acceso a la enseñanza superior. En la Unión Soviética la enseñanza superior es gratuita, y casi todos los estudiantes reciben bolsas de estudios. Todos los años los colegios y universidades soviéticos se ven sometidos literalmente a un asalto por parte de miles de jóvenes aspirantes a ingresar a ellos, tal es el prestigio y la popularidad de que goza la enseñanza superior.

Entre el 60 y el 80% de los estudiantes que concluyen sus estudios de secundaria o su bachillerato en las ciudades soviéticas trata de inscribirse en una universidad o una institución de parecida categoría. En algunas facultades hay de 10 a 15 postulantes para cada matrícula disponible. Pero por regla general, se puede aceptar uno de cada tres candidatos. Las dos terceras partes restantes deberán dedicarse a otra clase de estudios o presentarse nuevamente el año próximo.

Las encuestas llevadas a cabo en Novosibirsk (que está a unos 35 kilómetros de Akademgorodok, la «Ciudad

de la Ciencia» de Siberia) muestran que una buena mitad de todos los estudiantes que terminan sus estudios de secundaria quieren ser médicos, ingenieros o científicos o seguir otras profesiones intelectuales. Las carreras de agronomía o de industrias de las llamadas «de servicio» vienen bastante al final de la lista de preferencias.

Pero aun cuando un estudiante tenga la suerte de resultar inscrito en una de las universidades, pueden esperarlo de todos modos otras dificultades, otras desilusiones. En otra extensa encuesta hecha en el mismo Rostov-on-Don (Universidad, Escuela Normal y Facultad de Medicina) pudo comprobarse que sólo un estudiante de cada ocho está contento con la carrera que ha elegido. Así y todo, la mayoría no cambia de carrera, y acabará trabajando en una profesión que le despierta relativo entusiasmo.

Cuando se preguntó a los graduados de los institutos técnicos de Leningrado qué planes tenían para el futuro, se descubrió que cuatro de cada cinco —entre chicos y chicas— querían dedicarse a la investigación o al trabajo de proyectistas creadores. Naturalmente, no todos pueden ser una cosa o la otra; de ahí que los esperen muchas desilusiones.

El afán de aumentar la instrucción que se tiene se manifiesta en muy diversas formas. En varios centros industriales de Moscú una de las razones principales de la migración de los jóvenes obreros no es la paga que reciben (se quejó de ella el 17% de los entrevistados) sino la falta de condiciones adecuadas para elevar el nivel de su cultura y sus conocimientos técnicos (26%). Fuera de ello, el 15% de los jóvenes de las regiones rurales de Oryol y Kurgan quieren dejar las aldeas y trasladarse a las ciudades para poder continuar su educación general.

El verdadero problema consiste, por consiguiente, en saber establecer una relación entre las aspiraciones de los jóvenes y las verdaderas posibilidades que tienen, así como también entre esas aspiraciones y los intereses de la sociedad. La brecha abierta entre ambas cosas es, como cualquiera puede imaginar, causa de mucho descontento. Pero como hemos visto ya, la exuberancia de la juventud encuentra una válvula de escape no solamente en las reacciones de orden negativo. Cuando los jóvenes se entusiasman con una idea se vuelcan completamente en ella, como en el caso de las tierras vírgenes de Kazajstán y también en Siberia y el Lejano Norte.

Un estudio llevado a cabo en Leningrado no hace mucho tiempo reveló un hecho asombroso: de cada cinco jóvenes habitantes de esa metrópolis moderna e industrial, uno estaba plenamente dispuesto a abandonar las comodidades y regalos de la vida en la ciudad ante la perspectiva de meterse en una aventura y hacer obra de pioneros en el helado Norte, las solitarias tundras de Siberia y otras regiones remotas de la Unión Soviética.

Hace pocos años se hizo un llamamiento pidiendo voluntarios para ayudar a construir una línea de ferrocarril de Abakán a Taishet en Siberia. De las 35.000 personas que respondieron a este llamamiento, 26.000 eran jóvenes de veinte años de edad o menos. Pese a lo terrible del clima y a lo duras que son allí las condiciones de trabajo los voluntarios hicieron avanzar las vías por las montañas de Sayani, a través de la taiga y los pantanos y por encima de los turbulentos ríos y vías de agua que se les cruzaron en el camino, transformando lo que en un principio pareciera un sueño irrealizable en hecho concreto y llevado a cabo con brío y con entusiasmo. En el llamamiento hecho en el caso de la central de energía de Bratsk, también en Siberia, la respuesta fue parecida.

Vemos así que la vitalidad de los jóvenes puede encontrar expresión tanto en una explosión de descontento como en una explosión de entusiasmo. La solución de muchos de los problemas a los que tiene que hacer frente ahora una serie de países parecería estar en una medida doble; por un lado, tratar de reducir, si no de eliminar, las causas de descontento entre los jóvenes, y por el otro, tratar de crearles nuevas oportunidades para que puedan ver satisfechas sus aspiraciones poniendo su entusiasmo natural al servicio de un fin constructivo.

La experiencia ha demostrado —no sólo en la Unión Soviética sino también en todos los rincones del globo— que si se les da una pequeña oportunidad, junto con la confianza y respeto que piden y merecen, los jóvenes saldrán adelante aiosamente. Para eso han demostrado que saben pensar, actuar con valor y comportarse con eficacia y energía. Todo lo que necesitan es una oportunidad. ¿Acaso en todas las ocasiones en que se les ha dado esa oportunidad no se han puesto a la cabeza en nuevas ramas de la ciencia, de la ingeniería, de la producción y de la industria? ¿Qué estamos esperando para darles lo que piden?

UNA JUVENTUD TRIDIMENSIONAL

- Los países en vías de desarrollo
- Los países socialistas
- Los países occidentales

por Ehsan Naraghi

Desde hace algún tiempo venimos asistiendo en el mundo a una crisis de la juventud, crisis que se produce tanto en los países superindustrializados como en los que están en vías de desarrollo.

Este es un problema que se aborda de diferente modo según sean las ideologías y los conceptos de los dirigentes y las tradiciones de cada país, que le permiten o no aflorar de una manera más acusada. Para algunos de esos países se trata de una cuestión simplemente transitoria, que no toca la estructura de la sociedad ni pone en cuestión los fundamentos mismos de las instituciones. Para otros, esta crisis es un fenómeno que aparece con cierta violencia y provoca un juicio a fondo de las instituciones sociales, o por lo menos de las costumbres y principios básicos de educación y formación de la juventud.

Por sus exigencias radicales, por la preocupación que le inspira su porvenir y porque aún no se ha dejado apresar en la red de la vida concreta y práctica, ésta hace salir a luz —bajo los regímenes políticos más distintos, y de manera consciente o inconsciente— los problemas y las contradicciones socio-culturales de nuestra época. Su crítica podrá parecer abstracta, violenta, irracional, desprovista de madurez y hasta negativa y falta de horizontes, pero así y todo obliga a los adultos a revisar costumbres y actos que por ellos mismos no pondrían nunca en tela de juicio.

Acusada de «delincuencia senil». — En las sociedades industrialmente adelantadas se ha hablado durante largo tiempo de adaptación por parte de los jóvenes, y sociólogos y psicólogos han tratado el problema del adolescente no adaptado, de la «delincuencia juvenil». Ahora se da, al parecer, el caso contrario; los jóvenes se consideran paladines de valores nuevos y no quieren adaptarse a una

sociedad cuya conducta califican de «delincuencia senil».

Todo el mundo recordará las reacciones violentas —aunque considerablemente localizadas— que los jóvenes de los Estados Unidos de América y de Europa, y en ésta más particularmente los de Suecia, tuvieron hace unos quince años, reacciones descritas en la película «Rebelde sin causa», que hizo de James Dean un ídolo de la juventud.

Se trataba de chicos y chicas que salían de la adolescencia en una sociedad técnica enfermos de monotonía, desamparados de entusiasmo, y cuya falta de orientación en la vida provocaba una agresividad expresada solamente en forma de violencia física. Desde entonces, el espíritu de los

grupos de esa edad ha sufrido un cambio respetable: la violencia ya no es solamente física y ahora la despierta una serie de hechos como la guerra, las injusticias sociales, la discriminación racial y el arcaísmo de las instituciones en general.

Por otra parte, el asco que despierta en los jóvenes la idea de la lucha armada, de la guerra, es un fenómeno que se da en todas partes. A los jóvenes les cuesta aceptar que, luego de terminada la Segunda Guerra Mundial y después de haberse vuelto a reconocer la necesidad de una organización internacional a la que se ha confiado en tantos casos el mantenimiento de la paz, se pueda seguir hablando, día tras día, de conflictos que entrañan pérdidas de vidas huma-



A la izquierda, una estudiante del Congo (Brazzaville). A la derecha, jóvenes campesinos del Alto Volta. En los países en vías de desarrollo, el arcaísmo de los métodos de trabajo parece muchas veces irrisorio a una generación a la que los medios de información han dado ambiciones y aspiraciones de que la generación que la precediera no tuvo la menor idea. Estos jóvenes reclaman más instrucción, una formación profesional y puestos disponibles para los que obtengan un título.

EHSAN NARAGHI es profesor de sociología y director de estudios y de investigaciones sociales en la Universidad de Teherán. Miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología, el Sr. Naraghi ha escrito diversos libros sobre la sociología del tercer mundo, y en 1968 formó parte de una Comisión Internacional de Expertos de la Unesco reunida en Bucarest para preparar un programa sobre promoción de la juventud en los estudios sobre la paz y la cooperación internacional.

Foto © Afrique Photo

nas, aunque los Estados no hagan otra cosa que protestar su deseo de paz.

Nadie puede negar que las Naciones Unidas prestan servicios inestimables a la causa de la paz y también a la de la cooperación internacional; pero la juventud actual, intransigente como ella sola, no puede tolerar la menor utilización de la fuerza, cualquiera sea el motivo; el concepto de nacionalismo y las ideologías tal cual existen hasta ahora van perdiendo realidad a ojos de la juventud, que los siente prontos a reventar, a desaparecer.

El progreso técnico y científico, la conquista del espacio y el acercamiento producido entre las naciones gracias a los nuevos medios de comunicación contribuyen a que el mundo se vaya achicando. Pese a la exasperación de los particularismos nacionales, el desarrollo entre los jóvenes de un sentimiento de fraternidad hacia la especie humana condena la actitud de las generaciones mayores y niega legitimidad a la intención que los lleva a los conflictos localizados.

El caso de los países industrializados. — En las sociedades industrializadas, donde todas las esferas de actividad están organizadas siguiendo el modelo técnico, la juventud no encuentra campo en que manifestar su vitalidad y dar rienda suelta a su entusiasmo. A esta falta la llama el economista y ensayista norteamericano

Kenneth Galbraith «dimensión estética».

Por estética —la ciencia de lo bello y del sentimiento que el contacto con lo bello despierta en nosotros— Galbraith entiende todo lo que se sale de la vida mecanizada: todo lo que le falta a la sociedad industrial como elemento de sorpresa o de fantasía en el sentido filosófico; en el fondo, toda aventura inesperada para el hombre pero sometida inevitablemente a la técnica, uno de los engranajes principales de la sociedad de consumo.

De antemano las profundidades de la vida íntima son ya presa de una tecnicidad cada día más audaz y eficaz en su función de uniformar a los seres humanos, cosas que provocan reacciones como la de los «hippies», que hablan de flores, de la naturaleza, de amor, protestando contra esa organización implacable de la sociedad que llega hasta los últimos rincones. Los «hippies» reclaman la libertad en las relaciones humanas, la gratuidad, la vida en común, el pacifismo practicado al nivel de la existencia cotidiana; al mismo tiempo rechazan el trabajo, las carreras y las vestimentas uniformes, que simbolizan una sumisión a las reglas sociales dominantes. De todos modos, no cabe duda de que el fenómeno «hippy» no puede darse sino en una sociedad de abundancia, donde hace contrapeso a la riqueza insolente.

Una encuesta sobre la actitud de

los jóvenes que realiza en Francia el «Institut Français d'Opinion Publique» permite ver que en los diez últimos años ha habido en aquéllos, como consecuencia del bienestar material de que disfrutaban, un cambio de actitud. Hace diez años, en efecto, un 22 % de los jóvenes franceses contestó que no carecía de nada desde el punto de vista material; ahora es el 32 % el que lo dice. Si estos jóvenes de una población que, como se sabe, no llega a constituir plenamente una sociedad de abundancia, manifiestan semejante sentido de satisfacción material, ya se puede calcular cuál será esa satisfacción en otras sociedades técnicamente más avanzadas.

La dificultad que hay para que se comprendan esa juventud colmada y las generaciones que han llegado a parecido nivel de satisfacción —pero no sin un serio esfuerzo— plantea problemas nuevos. Antes, los gustos y placeres que la gente se daba, su mismo concepto de la felicidad, iban siempre unidos a esa noción de esfuerzo, noción que ya no existe. Fuera de su satisfacción material, la entrada de la juventud de hoy en el campo de la actividad económica y social se realiza más tardíamente, al mismo tiempo que los medios de comunicación más grandes de que se dispone ahora le permiten formarse intelectualmente más temprano que otras generaciones y ponerse con gran rapidez al corriente de lo que ocurre en todo el mundo. En esas condicio-

SIGUE A LA VUELTA

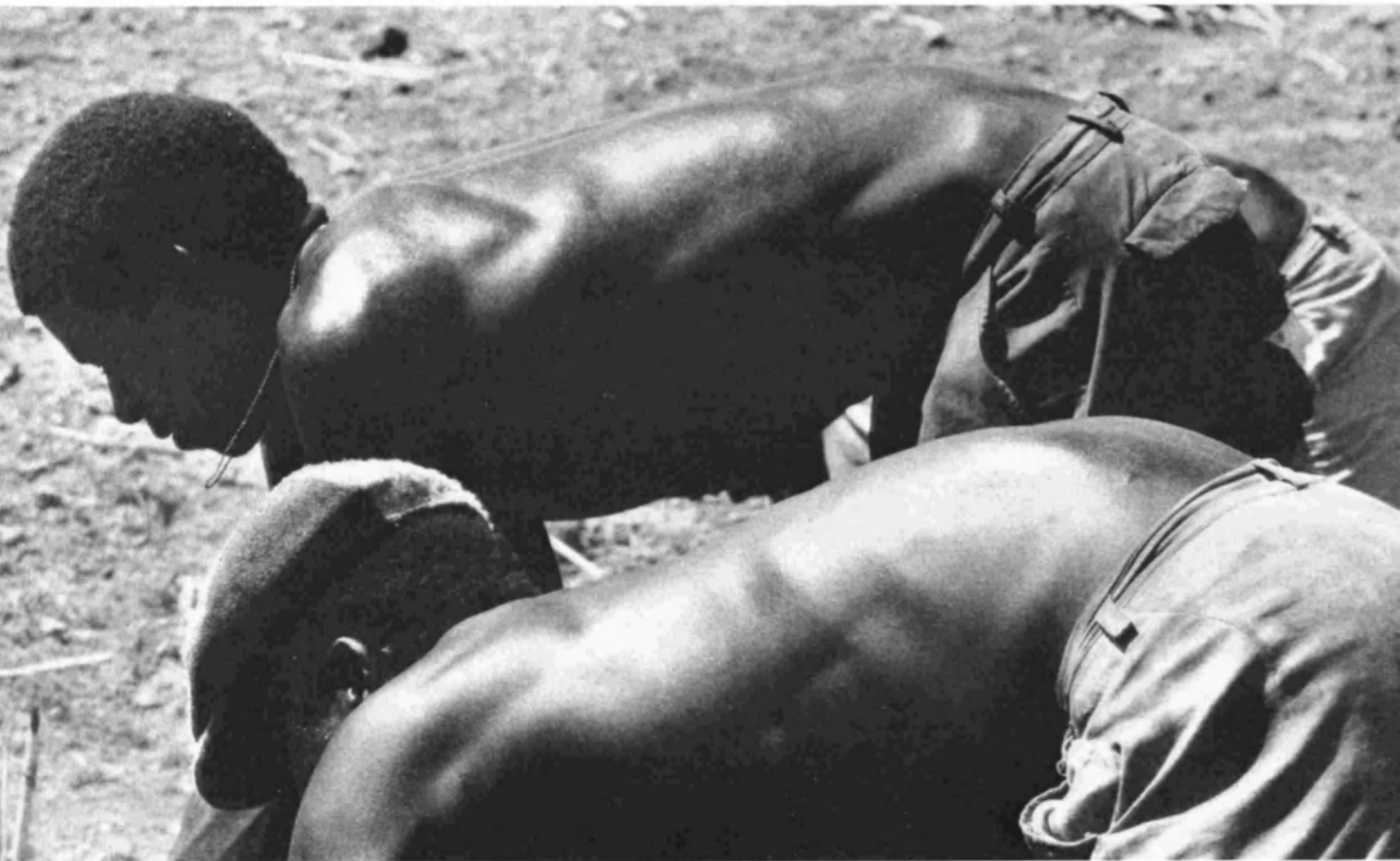


Foto © Jean Pottier - Snark International



UNA JUVENTUD TRIDIMENSIONAL (cont.)

Foto © Serge Hambourg

Por un cambio en la maquinaria burocrática

nes, nada tiene de extraño que se sientan movidos a pronunciarse, a manifestarse públicamente sobre los problemas actuales.

Los niños que han seguido a los ocho o diez años, en las pantallas de televisión de Europa y América, la aventura de los astronautas del Apolo 8 a medida que ésta se iba produciendo, se han conmovido e interesado seriamente por una hazaña que les da un estímulo para actuar. Ya a esa edad se plantean otras preguntas inspiradas por ese interés profundo por las cosas de la Tierra que en otros tiempos fue privativo de los adultos; pero su participación como tales en la vida económica y política de la sociedad en que viven queda relegada para mucho más adelante.

En las universidades de los países socialistas. — Aunque teniendo puntos en común con la situación de la juventud en la Europa occidental y en la América del Norte, la de las chicas y muchachos de los países socialistas difiere de ella en ciertos aspectos.

Se sabe que, desde la guerra, los países socialistas han insistido particularmente en la democratización de la enseñanza y la participación de los jóvenes en la vida política. El hecho de considerarse la instrucción como un derecho de la juventud ha permitido que todos tuvieran acceso a ella. Cerca del 50% de los estudiantes universitarios de la mayor parte de los países socialistas provenían de grupos obreros; con el socialismo su número ha aumentado, hasta el punto que de los 42.000 estudiantes que

había en Polonia al estallar la guerra, por ejemplo, se ha pasado en 1967 a más de 260.000.

El socialismo era, para la generación anterior, un sueño por el que luchó y al que aportó sus promociones técnicas y culturales, encontrando en él una oportunidad de ascender y mejorar; pero hoy en día, la generación joven aspira a renovarse y adaptarse a las exigencias del mundo actual.

Aun considerando el advenimiento del socialismo como un bien fundamental, los jóvenes quieren ir más allá sirviéndose, entre otras cosas, de su patrimonio cultural y de las nuevas corrientes de pensamiento; de ahí que inciten a los adultos a sostener un nuevo diálogo con ellos, sobre todo en el seno de las universidades. En Polonia los que han llevado la voz cantante en la crítica son los jóvenes más favorecidos, los hijos de los intelectuales y los dirigentes que, una vez logrado el bienestar material y el acceso a la vida académica, pasan a otra etapa, planteando entonces todos esos problemas de orden cultural.

Esta juventud, que no ha conocido ni las dolorosas pruebas de la guerra ni los laboriosos esfuerzos de sus padres por reconstruir un país devastado, encuentra demasiado burocratizada la maquinaria del Estado. Una de sus metas es, por esta misma razón, la de reducir el aparato burocrático y sustituirlo por un mecanismo más eficaz de comunicación y circulación de ideas. En Yugoslavia, donde

también se ha dado el mismo fenómeno, el Presidente Tito ha tomado el partido de los estudiantes en su controversia con los burócratas.

En los países en vías de desarrollo.

En cuanto a los países del llamado «tercer mundo» o los que están en vías de desarrollo, puede advertirse en ellos una serie de situaciones similares a la de los países europeos y norteamericanos, pero también ciertas divergencias con éstos.

La democratización de la enseñanza primaria y, en los países más avanzados —como los de América Latina y del Oriente Medio— de la secundaria, produce su buen número de profesionales con título; pero así y todo hay una gran parte de ellos que no tiene los conocimientos técnicos capaces de garantizarles un empleo determinado y un porvenir.

Observamos aquí las consecuencias de tomar los sistemas de enseñanza del Occidente y trasponerlos a otro medio, pero sin que correspondan, ni en el espíritu ni en la forma, a las condiciones socio-económicas, las necesidades y el estado actual de esos países. Las encuestas efectuadas entre los jóvenes de 18 o 19 años que han terminado el bachillerato confirman la inquietud que sienten frente a su futuro de profesionales.

En todas partes se oyen quejas sobre la falta de formación técnica; los liceos o institutos inspirados en el modelo de los países latinos o los colegios que siguen el modelo inglés tenían por objetivo el de orientar a

La máxima reclamación de los estudiantes es la de participar en la dirección de su universidad y la elaboración de sus programas, la de tener representantes en los tribunales examinadores y la de dialogar con sus profesores. A la izquierda, «affiches» de comités de acción en una universidad parisiense. Pese a la agitación, los estudios prosiguen normalmente en la mayor parte de las escuelas. A la derecha, trabajos en una escuela profesional de Suiza.



Foto © Margot S. Granitsas-Photo Researchers, New York

sus estudiantes hacia la enseñanza superior. Pero como el número de ellos sigue aumentando sin cesar, no es posible que todos accedan a la enseñanza universitaria. Una formación preuniversitaria que, en la mayoría de los casos, no conduce a la Universidad, crea problemas de inadaptación. La verdadera selección no se hace sino al final de los estudios liceales y de preparatorios; esto es lo que dificulta más las cosas.

La India, donde la afluencia de jóvenes a la Universidad es excesiva y la oferta de universitarios con título siempre superior a la demanda de empleos, constituye un ejemplo típico. Según el «Report of the Education Commission» india (1964-66) se ha podido comprobar «que hay un millón de gente con títulos universitarios y sin empleo».

Las dificultades que se les presentan a los jóvenes son, en primer lugar, inherentes al sistema mismo de enseñanza, ya que la democratización de ésta y el enorme crecimiento demográfico no han permitido proceder a la debida formación de maestros. En esos países de la América Latina, del Oriente Medio y otros similares la enseñanza se ha convertido en un imperativo, y por falta de profesiones que elegir al terminar sus estudios, muchos jóvenes se han dedicado a ella; pero no teniendo la suficiente competencia pedagógica ni tampoco la vocación profesional necesaria, el ejercicio de las tareas docentes se ha transformado para ellos en actividad provisoria, en compás de espera, con menoscabo de la profesión de maestro.

Semejante crisis entre las filas de los educacionistas no ayuda por cierto al desarrollo intelectual del niño, y la

escuela va perdiendo el prestigio y ascendiente que debía tener para éste. En una sociedad donde la familia no está en condiciones de encargarse de la educación del niño, es de imaginar la perplejidad que tal situación puede crear.

Las quejas principales de los niños son: falta de maestros calificados, falta de útiles y desigualdad de condiciones entre los alumnos de las clases más acomodadas, cuyas familias tratan de encontrar los medios docentes más adecuados, y los de las clases más pobres, que encuentran difícil el acceso a la escuela. Ejemplo típico de esta desigualdad de condiciones es la distancia existente entre las escuelas pagas y las del Estado y las de la capital comparadas con las de provincia. El futuro estudiante del «tercer mundo» tiene conciencia desde una edad temprana de cierta injusticia en la forma de impartirse la instrucción, pese a los principios enunciados por cada Estado.

En el recinto doméstico, la actitud autoritaria de la familia parece a los jóvenes un obstáculo al desarrollo de su personalidad, obstáculo todavía más manifiesto en el caso de las chicas, cuya emancipación está a punto de cumplirse pero que, al no encontrar empleo inmediato, siguen dependiendo de su familia por largo tiempo. La dependencia económica está contrarrestada en muchos casos por divergencias de orden intelectual y moral, que acentúan su desapego.

Los tabús sexuales separan muchas veces a chicos y chicas y, en contradicción con los modelos de conducta propagados por el cine, la televisión y las revistas ilustradas, crean en la mente de los adolescentes conflictos que los llevan o bien a la pasividad

y a una actitud pesimista, o bien a revolverse contra los valores tradicionales y las normas de conducta individuales.

La Universidad ofrece amplias perspectivas a esta juventud perpleja. El hecho de hacerse estudiantes, al abrir una posibilidad de llegar a ser profesionales —posibilidad que el resto de los amigos envidian— da a los jóvenes del tercer mundo una esperanza, una confianza y un prestigio que los otros no llegan a tener. El o la estudiante se sienten más libres en su relación con los demás, en la elección de amigos, en la organización de sus vacaciones o sus descansos, y rápidamente se integran a un grupo que goza de cierto prestigio entre los poderes públicos y la sociedad en general.

Pero aunque este grupo pueda parecer una especie de aristocracia juvenil y pudiera, como cabe pensar a primera vista, identificarse con el poder —con todas las ventajas que ello podría proporcionarle— el hecho es que se siente tentado a impugnar la sociedad en que vive con más vigor aún que los demás.

Una vez producido su ingreso a la Universidad, el estudiante que lo veía como un sueño se siente capaz de sostener puntos de vista y abrigar ambiciones sobre esa sociedad que su estado anterior no le permitía. Desea así que su país alcance un nivel de desarrollo igual al de los más industrializados y un grado de justicia social cuya importancia se hace sentir tanto en el medio familiar como en el escolástico; por esto mismo no rechaza la «sociedad de la abundancia» como lo hace el estudiante europeo o norteamericano al criticar sus características, sino que por el contrario, la busca deseándola más llena de igualdad y de justicia.

Para llegar a ello, el estudiante reclama un sistema de enseñanza más dinámico y el acceso a conocimientos más extensos y al mismo tiempo menos librescos, más vivos. En cuanto a la participación de los estudiantes en la vida política, en esos países existe una larga tradición al respecto: desde la segunda guerra mundial, los estudiantes de África, y especialmente los de Asia y los del Medio Oriente —en donde había ya una vida académica importante— han constituido los grupos más dinámicos en la lucha por la independencia de sus respectivos países.

En la India, luego de veinte años de independencia y pese a una vida política extraordinariamente activa, que permitía expresar reivindicaciones e insatisfacciones de todas clases, viene manifestándose desde hace dos años una corriente de protesta de los estudiantes universitarios distinta de todas las demás. En 1968, la Universidad más prestigiosa y la mejor dotada de la India —la de Nueva Delhi— fue teatro de las violentas controversias de sus estudiantes, que reclamaban

Aprensiones y esperanzas del "tercer mundo"

una revisión de la estructura y orientación de la enseñanza superior.

En la América Latina. — En América Latina este proceso se cumplió mucho antes, en 1918, comenzando en la Universidad argentina de Córdoba con la proclamación de una Carta que definía los principios de autonomía de las universidades. El movimiento se extendió pronto por todo el continente y luego por toda la región, donde las universidades, apoyándose en sus profesores y estudiantes, eran reductos de las ideas liberales y de los criterios racionalistas, opuestos a los del clericalismo oficial.

Las reformas universitarias preconizadas por los estudiantes contenían siempre elementos de carácter general que propendían a una reforma de la sociedad misma.

En estos últimos años la enseñanza universitaria se ha extendido mucho en todos esos países. En la Argentina, por ejemplo, la proporción de jóvenes de 18 a 24 años que siguen estudios en las diversas facultades (10%) se acerca a la de los países altamente industrializados, y como en ellos, constituye una preocupación de los estudiantes la forma en que podrán ganarse la vida una vez obtenido su título. En los últimos años, y para seguir con el ejemplo de la Argentina, ha habido en ella un éxodo regular de científicos y especialistas a quienes se ofrecían contratos en otros países.

En toda la América Latina, por consiguiente, la gratuidad de la enseñanza por una parte, y por la otra la endeblez del sistema de formación profesional, así como la falta de garantías de empleo, dan a los jóvenes

una posibilidad única: la de la Universidad. Pero aplastada por el peso del estudiantado e insuficientemente adaptada a las condiciones económicas y sociales, ésta ya no ofrece la oportunidad de una formación adecuada, y los estudiantes sienten cierta aprensión por su formación y su porvenir, aprensión que se agrega a su irritación contra la organización de la sociedad en general. Pese al gran prestigio de que la Universidad goza, tanto social como culturalmente, en la América Latina, y al hecho de que numéricamente se haya convertido asimismo en una comunidad de innegable importancia, la aspiración de los estudiantes se orienta así hacia una renovación de las instituciones y reclama un nuevo modo de vida política y social.

En Africa. — En Africa, cuyos países han accedido recientemente a la independencia, el problema no se plantea en la misma forma. Sobre todo en el Africa negra las filas de los dirigentes están constituidas en su mayor parte por una «élite» de jóvenes que hace 10 o 15 años estudiaban en las universidades europeas. El conflicto entre las generaciones no parece aquí tan agudo como en otras partes: la creación de la Universidad es cosa bastante reciente. Y recién empieza a plantearse también el bachiller de Africa el problema de la ocupación post-académica tan agudo en la América Latina, en la India y en Egipto para el flamante médico, abogado o arquitecto.

El quid de la cuestión está en llegar a un sistema nacional prescindiendo de la asistencia extranjera, que sigue siendo importante: y también en resolver el problema de lingüística, que

tantas dificultades crea para esos países.

En conclusión... — Las prósperas sociedades técnicas de los países industrializados han tendido, quizás excesivamente por lo que respecta a los problemas humanos —comprendido el de la juventud— a remitirse a la técnica y hacer poco caso de las tensiones sociales y las exigencias culturales que ésta crea.

En cuanto respecta a los países en vías de desarrollo, hay que decir que asistimos en éstos, por el hecho del crecimiento demográfico de sus poblaciones, a un rejuvenecimiento de la sociedad entera y al mismo sacudimiento y trastorno de estructuras y costumbres que esta irrupción de los jóvenes desata en otras partes. El primer blanco es el sistema de enseñanza en todos los niveles de ésta.

Si se examina cuidadosamente y en conjunto la crisis actual de la juventud, se verá que en el curso de ella han surgido nuevos valores. Tras la efervescencia manifestada en tantas aulas y tantas avenidas del mundo late un sentimiento de fraternidad que acerca a todos los jóvenes del globo más allá de las barreras y de las diferencias políticas, económicas y sociales que pueda haber entre ellos, signo que podría ser presagio de una verdadera «entente» y comprensión entre los pueblos del mundo.

He ahí la razón de que esta crisis no sea un problema únicamente del dominio de los educadores sino también de los psicólogos y los filósofos, ya que, por su complejidad y su importancia, interesa al conjunto de la sociedad, por no decir al conjunto de la civilización contemporánea.

JUVENTUD IRACUNDA (viene de la pág. 27)

nados a no dejarla nunca, o en todo caso, a volver a ella incesantemente hasta que les llegue la hora de la jubilación.

No es únicamente por medio de la democratización del acceso de los jóvenes que la Universidad va a redoblar su población estudiantil; es por el regreso indispensable de todos los estudiantes egresados de ella que la va a cuadruplicar. Y cuadruplicar también su «campus», sus laboratorios, sus bibliotecas, sus clínicas, sus ciudades, el número de su personal científico. Por no hablar de sus presupuestos.

Es necesario saberlo; la sociedad hacia la cual nos precipitamos lo exige; el único capital bien gastado es el que se invierte en hombres. Los jóvenes se niegan tanto a integrarse con vistas a su eficacia en el seno de un régimen capitalista como a inte-

grarse en la burocracia socialista. Los análisis que vienen del Este muestran que los jóvenes educados en la igualdad y la justicia chocan con la indiferencia o el conservatismo de los profesionales o los altos funcionarios y no aceptan ya que, por culpa de un desarrollo planificado, su suerte de seres humanos quede librada todavía a las exigencias del mercado o que su ideal se estrelle contra las barreras burocráticas.

En los regímenes occidentales los jóvenes ya no quieren, según los términos mismos de la declaración del episcopado francés, verse reducidos al papel único de productores, de consumidores; «reclaman» no medios para vivir, sino razones para hacerlo. Esos jóvenes se revuelven contra una sociedad en que los hombres son poseídos sin poseerse ellos mismos, y se consideran auténticos proletarios si «proletario es el que no tiene poder

alguno sobre el empleo de su vida y que además lo sabe» (inscripción mural); esos jóvenes quieren que «las estructuras estén al servicio del hombre, no el hombre al servicio de las estructuras».

De ahora en adelante, el ejercicio de la autoridad exige el diálogo. Al decir, en los términos mismos de la declaración de los obispos de Francia, que los jóvenes «han tenido al tiempo necesario para acusar a esta sociedad de falsas necesidades y falsos ocios placenteros que deshonran al Occidente y para pronunciar dos palabras claras que bien podrían anunciar la salvación: «Diálogo-Participación», el escritor francés Gilbert Cesbron se pliega a esa manifestación de los obispos.

Los jóvenes «han tomado la palabra». Ahora quieren seguir haciendo uso de ella de igual a igual con sus mayores.

Acaba de aparecer

PSICOPEDAGOGIA DE LOS MEDIOS AUDIOVISUALES EN LA ENSEÑANZA

PRIMARIA / EDITORIAL SUDAMERICANA



Publicación de la Unesco,
editada en castellano por la
Editorial Sudamericana, S.A.

242 páginas

Precio de venta al público : U S \$ 3.00
o su equivalente en moneda local.

■ La utilización eficaz de los medios audiovisuales, incorporados ya definitivamente al ámbito de la educación, exige un conocimiento preciso de sus características y posibilidades, así como de los resultados de su aplicación.

■ El estudio de la relación entre los medios audiovisuales y los fenómenos psicológicos —estudio orientado hacia la aplicación de aquéllos en la esfera de la pedagogía— se halla respaldado en esta obra por un sólido trabajo de investigación experimental, con resultados que se apoyan invariablemente en pruebas, tests, observaciones, etc., regidos por una estricta metodología.

■ Libro de consulta indispensable, éste es, además, un auxiliar obligado para los que producen materiales audiovisuales y espectáculos destinados al público infantil, así como para el maestro que haga uso de las modernas técnicas de enseñanza.

*Obtégalo por medio de su librero habitual,
o solicítelo directamente al editor :*

Editorial Sudamericana, S.A.
Calle Humberto 1°. N° 545,
Buenos Aires, Argentina.

PARA RENOVAR SU SUSCRIPCIÓN y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de las direcciones de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS NEERLANDESAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao, N.A. (Fl. 5,25). — **ARGENTINA.** Editorial Sudamericana, S.A., Humberto I No. 545, Buenos Aires. — **ALEMANIA.** Todas las publicaciones: R. Oldenburg Verlag, Rosenheimstr. 145, Munich 8. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. (DM 12). — **BOLIVIA.** Comisión Nacional Boliviana de la Unesco, Ministerio de Educación y Cultura, Casilla de Correo, 4107, La Paz. Sub-agente : Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — **BRASIL.** Livraria de la Fundação Getulio Vargas. 186, Praia de Botafogo, Caixa postal 4081-ZC-05, Rio de Janeiro, Guanabara. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Bogotá; Ediciones Tercer

Mundo, Apto. aéreo 4817, Bogotá; Distrilibros Ltda., Pío Alfonso García, Carrera 4a 36-119, Cartagena; J. Germán Rodríguez N., Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca; Librería Universitaria, Universidad Pedagógica de Colombia, Tunja. — **COSTA RICA.** Todas las publicaciones: Librería Trejos S.A., Apartado 1313, Teléf. 2285 y 3200, San José. Para «El Correo»: Carlos Valerín Sáenz & Co. Ltda., «El Palacio de las Revistas», Apto. 1924, San José. — **CUBA.** Instituto del Libro, Departamento Económico, Ermita y San Pedro, Cerro, La Habana. — **CHILE.** Todas las publicaciones: Editorial Universitaria S.A., Casilla 10 220, Santiago. «El Correo» únicamente : Comisión Nacional de la Unesco, Mac Iver 764, Depto. 63, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a. Calle Oriente N° 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Todas las publicaciones: Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli 4, Madrid 14. «El Correo» únicamente: Ediciones Ibero-americanas. S.A., Calle de Oñate, 15, Madrid. Sub-agente «El Correo»: Ediciones Liber. Apto. 17, Ondárroa (Vizcaya). (180 ptas.) — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unesco Publications Center. P. O. Box 433, Nueva York N.Y 10016 (US\$ 5.00). — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 928 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, Place de Fontenoy,

Paris, 7°. C.C.P. Paris 12.598-48 (12 F). — **GUA-TEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a Calle 9.27 Zona 1, Guatemala. — **HONDURAS.** Librería Cultura, Apartado postal 568, Tegucigalpa, D.C. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd, P.O. Box 366, 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie «Aux belles images», 281, avenue Mohammed-V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (CCP 324-45). — **MÉXICO.** Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D.F. (\$ 30). — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — **NICARAGUA.** Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar, Apartado N° 807, Managua. — **PARAGUAY.** Melchor García, Eligio Ayala, 1650, Asunción. — **PERU.** Distribuidora Inca S. A. Emilio Althaus 470, Apartado 3115, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Lda., Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa. — **PUERTO RICO.** Spanish-English Publications, Calle Eleanor Roosevelt 115, Apartado 1912, Hato Rey. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569 Londres, S.E.1. (20/-) — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de Correos 656, Santo Domingo. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya S.A., Maldonado 1092, Teléf. 8 75 61, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería Historia, Monjas a Padre Sierra, Edificio Oeste 2, N° 6 (Frente al Capitolio), Apartado de correos 7320, Caracas.



Foto © Snark International - Grazia Neri

**"Hemos pedido que se nos escuchara – Vds. se han negado a hacerlo
Hemos pedido justicia – Vds. la han llamado anarquía
Hemos pedido libertad – Vds. la han llamado licencia..."**

(véase la pág. 15)